EL DOCTOR FRAILE CALZADO

FARSA CÓMICA EN TRES ACTOS,

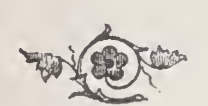
original de

WILHEM WOLTERS

TRADUCIDA Y MODIFICADA POR

PABLO PARELLADA (Melitón González)

y LUIS ISÁBAL



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24.

—

1921

EL DOCTOR FRAILE CALZADO

EL DOCTOR FRAILE CALZADO

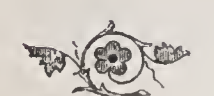
FARSA CÓMICA EN TRES ACTOS,

original de

WILHEM WOLTERS

TRADUCIDA Y MODIFICADA POR

PABLO PARELLADA (Melitón González)
y LUIS ISÁBAL



MADRID
IMPRENTA DE "ALREDEDOR DEL MUNDO"
MARTÍN DE LOS HEROS, 65.

1921

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Doctor don PEDRO FRAILE CALZADO............	José Calle.
ROSA, su mujer....................................	Blanca Jiménez.
VICENTE QUIROGA, médico ayudante del doctor Fraile..	Antonio Pino.
CAMILO, criado del doctor..........................	Antonio Suárez.
DON MANUEL SERANTES, ex magistrado y padre de Rosa..	Pedro Sepúlveda.
VIUDA DE RABUFETI..................................	Nieves Suárez.
FILOMENA, su hija....................................	Carmen Posadas.
PEPE COMELLAS..	Francisco Pierrá.
BARSANUFIO CARRASCO............................	Francisco Alarcón.
MADAME PIROVAINE DE LA BUTIFIERE.........	Juana Manso.
LAURA..	Isabel Plaza.
PELAGIA, doncella....................................	Milagros Toldos.
UN CAMARERO (No habla)...........................	

La acción, en Madrid. Época actual. Indicaciones, del lado del actor.

ACTO PRIMERO

imeras horas de la mañana. Final de otoño. El Doctor Fraile Calzado, de unos 30 años, sentado la mesa, escribe. Por E. viene Camilo, chico vivaracho, pero torpe, va de pantalón y chaqueta azul o verde con botones dorados. Trae una carta abierta.

(Véanse las notas en la última página.)

CAMIL.—Siñor don Pedro.

FRAI.—¿Qué hay, Camilo?

CAMIL.—Expresiones pa usté.

FRAI.—¿De quién?

CAMIL.—De mi madre.

FRAI.—¡Ah! ¿Qué dice mi nodriza?

CAMIL. — Dice: "Expresiones pa Perico, ue aunque no hice más que criarlo, ya sabe ue lo quiero como a un hijo, y tú lo ties e respetar como a un hermano. Ya sé que erico gana muchos dineros, porque es un édico muy sabio."

FRAI.—Muchas gracias.

CAMIL.—"No me extraña, porque de peueñico ya era mu listo. No tenía más de na semana y ya me agarraba el pecho como na persona mayor. A ver si te portas bien n su casa." Na más.

FRAI.—Está bien. ¿Sabes si se ha levanido la señorita?

CAMIL.—¿Su parienta de usté?

FRAI.—Mi parienta, no. Mi mujer.

CAMIL.—Sí, señor. Creo que se ha levanio.

FRAI.—Estará en el baño.

CAMIL.—Voy a mirar.

FRAI.—¡Eh! ¿Qué es eso de mirar? Tu bligación está aquí. En cuanto den las nue: sales a la sala de espera y cierras esa uerta. (*Puerta B.*)

CAMIL.—Ya sé, pa abrirla y cerrarla cuan: vengan enfermos.

FRAI.—Ten presente que los hay de priera, de segunda y de tercera clase.

CAMIL.—Sí, señor; como en el ferrocarril.

FRAI.—Si vienen señoras o caballeros elegantes, les ayudas a despojarse de sus prendas.

CAMIL.—¿A las señoras también?

FRAI.—Me refiero a los abrigos. Y no permitas que entren aquí con bastones ni paraguas.

CAM.—Descuide usté.

FRAI.—Si son de primera clase, das un golpecito en esa puerta. Si son de segunda, dos...

CAMIL.—Y si son de tercera, tres.

FRAI.—Y cada vez que yo despache a un cliente tocaré el timbre.

CAMIL.—Enterao.

FRAI.—¿Tú no has servido nunca en casa de un médico?

CAMIL.—No, señor. Hoy es la primera vez. Y eso que en todas partes los médicos están a patás.

FRAI.—¡Hombre! ¡Eso de a patás...!

CAMIL.—Usté disimule. Quió decir que hay peste.

FRAI.—Nada de peste. Se dice *muchos*; ¿lo oyes? (*Suena el teléfono: sonido de carraca, no de campanilla.*)

CAMIL.—Sí, señor. Muchos.

FRAI.—A tu puesto, que ya son las nueve. (*Vase Camilo por B y cierra la puerta. En el auditivo.*) Al habla. ¿Quién es?

CAMIL. (*Asoma por B.*)—Uno que dice que es suegro de usté. (*Por B. entra* DON SAMUEL SERANTES, *tipo un poco estrafalario.*)

SERAN.—Buenos días. Tengo que hablarte de un asunto importante.

FRAI.—Perdone un momento. Acaban de llamarme y no sé quién es.

SERAN. (*Incomodado.*)—De modo que merece más atención un desconocido que yo. Está bien.

FRAI. (*En el teléfono.*)—Con el doctor Fraile. ¡Ah, querido colega! ¿Qué se le ofrece?

SERAN. (*A Fraile.*)—Ya. Es otro cazador de seres humanos...

FRAI.—No me olvido de usted. No le he enviado enfermos de los suyos porque no se han presentado; pero lo haré con mucho gusto. Todos los días no se presentan casos para operar. Sí. Está bien. A ver si corresponde usted conmigo y me envía algún neurasténico.

SERAN. (*Id.*)—El intercambio.

FRAI.—Tengo un baño eléctrico que me dá grandes resultados.

SERAN (*Id.*)—Para tu bolsillo, por lo menos.

FRAI.—Tiene usted razón. El estado atmosférico es magnífico y escasean los enfermos.

SERAN.—Eso es. Quejaros porque hay salud.

FRAI.—Lo único que abundan son... los nacimientos.

SERAN.—Es claro. Como que en eso no influye el estado atmosférico.

FRAI. (*A Serantes.*)—¡Cállese ya! (*Al auditivo.*) No, no es a usted. Es a un señor que me interrumpe. Eso que usted ha dicho: un posma.

SERAN.—¿Posma? (*En el auditivo, que le quita.*) ¡El posma lo será usted! ¡Vaya usted a matar gente! (*Deja el auditivo.*)

FRAI.—¡Por Dios! ¿Qué ha hecho usted?

SERAN.—¡A mí! A don Manuel Serantes, ex magistrado, no se le llama posma. (*Por B.* QUIROGA, *joven de unos veinticinco años.*)

QUIRO.—Buenos días. Perdone si me he retrasado a la hora de la consulta.

FRAI. (*Presentando.*)—Mi papá político, don Manuel Serantes.

QUIRO.—Tanto gusto.

FRAI.—Mi ayudante, don Vicente Quiroga, que acaba de licenciarse.

SERAN.—(¡El puntillero!).

QUIRO.—Con permiso de ustedes voy al laboratorio a continuar mis cultivos.

SERAN.—Pues ¿qué cultivan ustedes ahí dentro?

FRAI.—Microbios de varias clases.

SERAN.—(¡Qué barbaridad!)

QUIRO.—Tengo unos cultivos que son una preciosidad. ¿Quiere usted pasar a verlos?

SERAN.—No, señor, no. Muchas gracias.

QUIRO.—Servidor de usted. (*Le ofrece la mano.*)

SERAN. (*Se aparta, sin aceptarla.*)—¡Vaya usted, vaya con Dios.

QUIRO.—Hasta luego. (*Vase por D.*)

SERAN.—¡Dedicado a la cría de microbios! Esto debía estar castigado por la ley.

FRAI.—No vaya usted a figurarse que los criamos sueltos como si fuesen conejos, sino en gelatina.

SERAN.—Peor que peor. Microbios a la ge latina. ¡Qué asco!

FRAI.—Bueno, ¿de qué asunto tiene uste que hablarme?

SERAN.—Cosa importante.

FRAI.—Siéntese.

SERAN.—Yo no me siento en el despach de ningún médico. Aquí todo es infeccios

FRAI.—Como guste.

SERAN.—He visto que has tomado criad nuevo.

FRAI.—Sí; el hijo de mi nodriza, llegad del pueblo anteanoche.

SERAN.—Comparezca ante mí, para pr guntarle las generales de la ley.

FRAI. (*Toca el timbre.*)—¡Camilo! Ve

CAMIL.—Mande. (*Entra por B.*)

SERAN.—¿Promete usted decir verdad e cuanto supiere y fuere preguntado?

CAMIL.—Yo no miento nunca.

SERAN.—¿De dónde es usted?

CAMIL.—De Pedrola, provincia de Zara góza.

SERAN.—¿Profesión?

CAMIL.—Criado del doctor dende hoy.

SERAN.—¿Ha sido usted procesado alg na vez?

CAMIL.—No siñor, ni lo quiera Dios.

SERAN.—¿Y su padre?

CAMIL.—¿Y a usté qué le importa?

SERAN.—Ha terminado el interrogatori

CAMIL. — (¡Vaya con el tío ese!) (*Va por B.*)

SERAN.—No tiene antecedentes penales pero con el tiempo los tendrá.

FRAI.—Si es un buen chico.

SERAN.—No importa. Durante mis añ de magistrado he visto desfilar ante mí mu chos malhechores, y los conozco en la car Este chico tiene un entrecejo... que no m gusta.

FRAI.—¡Pobre Camilo!

SERAN.—¿Y Rosa?

FRAI.—Debe de estar en el baño.

SERAN.—¡Ah, sigue mi sistema: la Hidr terapia! La única verdad de la medicin Yo me paso la mitad de la vida metido el agua y me va muy bien.

FRAI.—Hasta que coja usted un reúm

SERAN.—Esa es una equivocación de l médicos, creer que el agua produce reum tismo. Ahí tienes a los peces: a ver si ha alguno reumático.

FRAI.—Tiene usted razón, hasta aho no ha venido ningún besugo a la consulta.

SERAN.—Sea esta la última ironía que permites conmigo. Abre esa puerta. (*Por puerta E.*)

FRAI.—Está abierta. No tiene usted m que empujar.

SERAN.—Yo no toco nada en el despac de un médico.

FRAI.—(¡Dios me dé paciencia!) (*Abre E* Abierta.

SERAN.—A ese chico vigílale. (*Vase p E, levantando el portier con el bastón.*)

FRAI.—(¡Este buen señor no ve más q

iminales por todas partes!) (*Dos golpes ı B.*) Adelante. (*Entra la* VIUDA DE RABUFETI, *señora de unos cuarenta años, robusta, modales enérgicos.*)

VIUDA.—Buenos días.

FRAI.—A los pies de usted. Tenga la bondad de sentarse.

VIU.—Sí, señor. (*Se sienta.*)

FRAI.—¿Su gracia de usted? (*Apunta en ı cuaderno grande.*)

VIU.—Cristina Llanes. Viuda de Rabufeti. ¿Necesita saber los años que tengo?

FRAI.—No acostumbro a preguntar eso a s señoras, porque una señora capaz de ecir su edad, es capaz de todo.

VIU.—Pues yo debo ser capaz de todo, orque no callo mi edad, cuarenta años.

FRAI.—Usted dirá qué es lo que padece.

VIU.—¿Lo que padezco? Pues padezco ı casero que me tiene achicharrada la sane. No le digo a usted más, sino que es caro, tendero y concejal.

FRAI.—Sí que son tres recomendaciones.

VIU.—Y además es un hombre que falta noveno mandamiento de la ley de Dios: No desearás la mujer de tu prójimo."

FRAI.—¿La ha hecho a usted el amor?

VIU.—No, señor; ha pretendido quitarme cocinera.

FRAI.—Ya sé lo que usted tiene: alteraón nerviosa por causa del casero. Pero eso le curará con unas corrientes eléctricas sobre todo, mudándose de casa.

VIU.—Conforme con lo de mudarme de sa; pero eso de las corrientes eléctricas, s toma usted.

FRAI.—¿Entonces?

VIU.—Me mudaré de casa. A eso vengo, ecisamente, porque me han dicho que se quila esta habitación.

FRAI.—No es aquí, señora. Es en el cuar piso. Este es el primero.

VIU.—Pues me han informado mal. Pero e figuro que la habitación de arriba será mismo que esta.

FRAI.—Lo mismo enteramente.

VIU.—Entonces, si a usted le parece, para subir tantas escaleras, que me fatigan ucho, miraré esta habitación.

FRAI.—Señora, lo siento mucho; pero no posible.

VIU.—No sé por qué.

FRAI.—Porque es la hora de la consulta, mujer se está vistiendo. La casa está en sorden... Usted comprenderá...

VIU. (*Se levanta.*)—Comprendo que esto una descortesía.

FRAI.—Nada de eso.

VIU.—Mentira parece que no tenga usted is consideración a una señora. No le lla mal caballero; pero merecía usted que lo llamara.

FRAI.—Y yo no le digo que se marche; ro sepa usted que esta puerta (*Por la A.*) al recibidor, el recibidor a la escalera la escalera a la calle.

VIU.—¡A mí! ¡A la señora de Rabufeti! ¡A la viuda del gran maestro de enseñanza superior! Señor de Fraile, no lo olvidaré. (*Vase furiosa por A.*)

FRAI.—(¡Vaya con la viuda de Rabufeti!) (*Toca el timbre. Dos golpes en B.*) Adelante. (*Entra* FILOMENA, *linda joven de diez y ocho años, vestida con elegante sencillez.*)

FILO.—Caballero...

FRAI.—Buenos días, señorita. Tome asiento. ¿Qué le ocurre?

FILO. (*Se sienta.*)—Que... que sufro mucho.

FRAI.—¿De qué?

FILO.—A punto fijo... casi no lo sé.

FRAI.—Si usted no lo sabe, yo no puedo adivinarlo.

FILO.—Me parece que es por aquí. (*Por el cuello.*)

FRAI.—¿En la garganta?

FILO. (*Turbada.*)—Sí..., sí, señor. (PELAGIA *por E.*)

PELA.—Señorito. ¿Le traigo aquí el desayuno?

FRAI.—No... tengo prisa.

FILO.—Sí, sí. Vaya usted. No faltaba más. Que me vea su ayudante.

FRAI.—Como usted quiera. (*En D.*) Quiroga. Haga el favor. (*Sale Quiroga de blusa blanca, larga.*)

QUIR.—Mande.

FRAI.—Practique usted un reconocimiento laringoscópico a esta señorita.

QUIR.—En seguida. (*De D. saca lamparilla de alcohol y depresor de la lengua.*)

FRAI.—Señorita... (*Vase por E.*)

FILO.—Caballero...

QUIR. (*A Filomena, que está sentada de espaldas a C.*)—Vamos a ver. (*Sorprendido.*) ¡Filomena! ¿Pero es usted la paciente?

FILO.—Sí, señor.

QUIR.—¡Qué sorpresa! Voy a encender la lamparilla para templar el depresor de la lengua...

FILO.—No se moleste usted. No tengo nada.

QUIR.—¿Eh?

FILO.—Solamente he venido para hablar con usted.

QUIR.—¿Conmigo?

FILO.—Sí. Es usted un ingrato.

QUIR.—¿Por qué?

FILO.—Más de doce meses sin venir por nuestra casa...

QUIR.—Señorita... He suspendido las visitas porque comprendí que le disgustaban a su mamá. Sin duda no le soy simpático.

FILO.—Soy muy desgraciada...

QUIR.—No puede ser desgraciada una señorita que cada día que pasa es más agraciada.

FILO.—Eso de que cada día que pasa soy más bonita, es una exageración que no debo admitir.

QUIR.—Bueno. En vez de cada día, pongamos cada dos.

FILO.—Pero no me llame señorita. Tráteme con más confianza.

Quir.—Conformes; pero dígame cuál es su desgracia.

Filo.—Desde la muerte de mi padre, mamá, para ayuda de gastos, cede dos cuartos de nuestro piso.

Quir.—Lo sé.

Filo.—Uno de ellos lo ocupa, desde hace algún tiempo, un viudo, bastante rico, que fué confitero en Guadalajara. Un tal Barsanufio Carrasco.

Quir.—¿Pero hay quien se llame Barsanufio?

Filo.—Sí, señor. Y con él me quiere casar mi mamá. Y yo no le quiero, no, señor. Le aborrezco, créame. Esa es mi desgracia.

Quir.—Pues consuélese usted conmigo. A usted la obligan a casarse con un viudo... y a mí...

Filo.—¿Con una viuda?

Quir.—Mucho peor. Con una señora francesa que, para casarse conmigo, está dispuesta a divorciarse de su marido.

Filo.—¡Qué horror!

Quir.—Tiene mucho dinero, y por eso mi padre se empeña en que me case con ella.

Filo.—Pero usted no se casará con esa francesa... ¿Verdad que no se casará?

Quir.—Ni pensarlo.

Filo.—Yo tampoco pienso casarme con ese viudo, y, para conseguirlo, no sabe usted lo que he tramado.

Quir.—Cuénteme.

Filo.—Un día nos contó don Barsanufio que hace algunos años sufrió una pulmonía de la que quedó perfectamente curado; pero yo le he dicho a mi mamá que estoy con la aprensión de que ese señor tiene los pulmones deshechos y que está con un pie en la sepultura.

Quir.—Admirable.

Filo.—Y para casarme con él exijo un certificado del doctor Fraile haciendo constar que don Barsanufio Carrasco se halla en perfecto estado de salud.

Quir.—¿Y así que le demos el certificado, tendrá usted que casarse con el Barsanufio ese?

Filo.—Sí, señor, en seguida. Recuerde que la última vez que estuvo usted en casa, yo estaba bordando pañuelos.

Quir.—Lo recuerdo.

Filo.—Eran para mi equipo de novia. Y ahora ¡ya no son pañuelos! ¡Ya son sábanas!

Quir.—¡Pobre Filomena!

Filo.—¡Por favor, Vicente, sáqueme de este apuro!

Quir.—¿Y cómo?

Filo.—Dándole a don Barsanufio un certificado en que conste que está muy enfermo.

Quir.—Pero ¿y si está sano?

Filo.—No importa. Se lo suplico. Usted puede hacer mucho por mí. De usted depende mi felicidad, Vicente. (*Se levanta.*)

Quir.—Imposible. Sería faltar a lo más sagrado de nuestra profesión.

Filo.—Está bien... Yo creí que era usted... un buen amigo mío...

Quir.—Y lo soy.

Filo.—Que me... apreciaba usted...

Quir.—Muchísimo, créame.

Filo.—Como que mamá, si le ponía a usted mala cara... era... porque sospechaba...

Quir.—¿Qué sospechaba?

Filo.—Me da rubor el decirlo...

Quir.—¿Que yo estaba enamorado de usted?

Filo.—Sí.

Quir.—Pues sopechaba lo que es cierto.

Filo.—¿De veras, Vicente?

Quir.—Yo la amo a usted, Filomena (*Se oye venir a Fraile, por E.*)

Filo.—¡El doctor!

Quir.—¡Siéntese! (*Se sienta rápidamente.*) Abra usted la boquita... Avance un poco la lengua. Perfectamente. (*Introduce el depresor.*) Está visto.

Filo. (*Sin cerrar la boca.*)—¿Puedo meter la lengua?

Quir.—Sí.

Frai.—¿Qué padece esta señorita?

Quir.—Cosa de poca importancia; una ligera faringitis, de carácter catarral, según entiendo, porque además de ser difusa, la constitución física de la paciente no acusa diátesis alguna ni en ella se exteriorizan manifestaciones fímicas ni específicas.

Frai.—Muy bien. Se ha explicado tan científicamente que, aun cuando está señorita no padeciese la enfermedad que usted ha dicho, no tendría más remedio que padecerla en atención al razonamiento que acaba usted de hacer.

Quir.—Muchas gracias.

Filo.—¿Y qué debo tomar?

Quir.—Haga usted gárgaras con clorat[o] y vuelva usted mañana.

Filo.—Bueno, pues hasta mañana.

Quir.—Por aquí, señorita. (*Por A.*)

Filo. (*Bajo.*) Adiós, Vicente. (*Vase por A.*)

Quir.—Adiós, encanto.

Frai.—Me extraña que tratándose de una indisposición sin importancia haga usted volver a esa señorita mañana.

Quir.—Para... evitar complicaciones.

Frai. (*Malicioso.*)—Es muy linda esa señorita, amigo Quiroga.

Quir.—Es hija de una señora a quien visito algo..., la viuda de Rabufeti.

Frai.—Cuente conmigo para testigo de boda.

Quir.—Muchas gracias; pero no podemos pensar en eso por ahora. Ella es pobre y yo necesito crearme una posición.

Frai.—Todo llegará.

Quir.—Deseo pedir a usted un favor.

Frai.—¿Cuál?

Quir.—Si viene a la cosulta madame P[...] rovén de la Butifier, haga usted el fav[or] de no llamarme.

Frai.—¿Por qué?

Quir.—Esa señora me persigue. Está en

peñada en divorciarse de su marido para que yo me case con ella.

FRAI.—Pero, ¿tan fácil es el divorcio?

QUIR.—Sí, señor; porque esa señora tiene nacionalidad francesa, y como en Francia el divorcio es de buen tono, es más fácil divorciarse que casarse.

FRAI.—Bueno, si viene no le llamaré a usted.

QUIR.—Muchas gracias. (*Vase puerta D.*)

FRAI. (*Abre B.*)—Que pase el de turno. (*Timbre.*) (*Va a la mesa de despacho y toma el cuaderno. Entra* PEPE COMELLAS, *muy elegante. De unos treinta y cinco años, alto, y fornido. Pasa a la izquierda, donde se coloca el sombrero ladeado para ocultar el rostro a Fraile. Da vueltas al bastón y se contonea al compás. Dejó abierta la puerta B. Al ver a Comellas.*) ¿Eh? ¿Qué es esto? ¡Camilo! (*Entra Camilo por B.*) ¿No te he dicho que nadie entre a la consulta con bastón? ¡Caballero! Tenga la bondad... (*Comellas entrega el bastón a Camilo. Este vase por B. y cierra.*) ¿En qué puedo servirle?

COME.—¿No me conoces?

FRAI.—¿No?

COME. (*Se quita el sombrero.*)—Pepe Comellas. Tu antiguo y fraternal amigo.

FRAI.—¡Caramba, qué sorpresa tan agradable! (*Se abrazan.*) Sin barba, y tan bien vestido, ¿cómo había de reconocerte?

COME.—¡Chico, qué despacho! ¡Qué lujo! ¡Y cómo has prosperado en un año!

FRAI.—Todo lo debo a mi famoso baño eléctrico para curación de enfermedades nerviosas. Luego verás con qué lujo he puesto todas mis habitaciones.

COME.—Parece increíble. Tú, que antes eras tan modesto, ahora vives como un nabab.

FRAI.—Y tú cuéntame dónde has estado. Por qué dejaste tu destino en el Banco Hispano. Por qué te largaste sin despedirte y por qué vas tan elegante.

COME.—Me marché a los Estados Unidos, mejor dicho, me escapé agobiado por mis deudas, y me ves tan elegante porque he venido a tomar posesión de ochenta mil duros que acabo de heredar de una tía mía.

FRAI.—Que sea enhorabuena.

COME.—Ahora pagaré mis trampas, me casaré, si encuentro mujer que me guste, y. Comellas, feliz.

FRAI.—Sí, señor, cásate. Yo también me casé y me va muy bien.

COME.—¡Cómo! ¿Te has casado?

FRAI.—Hace pocos meses, y tengo un ángel por compañera.

COME.—Me asombra, porque te dejé hecho un misántropo y chiflado con tus estudios y te ruborizabas cuando te presentaban alguna chica. ¿Cómo te atreviste a declararte?

FRAI.—Es una historia interesante, en la que tú has intervenido.

COME.—¿Yo?

FRAI.—Tú. Mi mujer pertenece a una familia a la que yo visitaba como médico. Me enamoré de ella y, antes de declararme, la oí asegurar que nunca se casaría con un inocentón, sino con uno que hubiese sido muy calavera. Con un hombre de mundo, pues opina que esa es la mejor garantía para la felicidad del matrimonio, por aquello de quien no la corre de soltero..., ya sabes...

COME.—No es la única que opina de ese modo.

FRAI.—Figúrate mi apuro.

COME.—Lo comprendo. Tú que siempre fuiste modelo de moralidad.

FRAI.—Por no perder la esperanza de hacerla mi esposa, no tuve más remedio que presentarme ante ella como un calavera; pero arrepentido y deseoso de la paz doméstica...

COME.—¿Y qué calaveradas le contaste?

FRAI.—Pues... las tuyas.

COME.—¿Eh?

FRAI.—Todas las diabluras cometidas por tí me las apropié.

COME.—¡Pero, hombre!

FRAI.—Perdóname. Las circunstancias me obligaron. Y, gracias a eso, somos dichosos, salvo algún disgustillo que otro...

COME.—¿Por... la suegra?

FRAI.—No tengo suegra. Los disgustos provienen de que mi mujer ha tomado en serio mis supuestas travesuras, está celosa, y me vigila para que yo no vuelva a las andadas.

COME.—No me extraña que esté celosa, sobre todo por la aventura del beso.

FRAI.—¿La aventura del beso?

COME.—Es de las definitivas.

FRAI.—Esa aventura la ignoraba yo.

COME.—Es verdad, que fué unos días antes de embarcarme... El mayor de mis atrevimientos. (*Camilo por B.*)

CAMIL.—Don Pedro.

FRAI.—¿Qué hay?

CAMIL. — Esta tarjetica (*En una mano trae la tarjeta y en la otra la bandejita.*)

FRAI. (*Lee.*)—"Barsanufio Carrasco" ¿Qué quiere?

CAMIL.—Dice que si le permite usté saltar por encima de los que tiene delante.

FRAI.—Que espere un poco. Sigue. (*Vase Camilo por B.*)

COME.—Verás. Fué en un baile organizado por el Casino Médico Farmacéutico a beneficio de la Liga contra la urticaria. Estaba yo paseando por las galerías, cuando, maquinalmente, llego a un saloncito algo retirado. La noche era plácida. El balcón estaba abierto, y en el balcón, de espaldas a mí, una esbelta joven rubia, de blanco y vaporoso vestido, contemplaba el estrellado cielo.

FRAI.—Muy poético.

COME.—La figura más escultórica que vi en mi vida. Esto disculpa la mala tentación que sentí. Me deslizo silenciosamente por la alfombra, y, cuando ya percibía el templado perfume de su cuerpo..., el arco

voltaico que iluminaba el aposento sufre un eclipse. Oscuridad completa.

FRAI.—¿Y qué hiciste?

COME.—Una de las mías. Apoderarme rápidamente de aquella cabecita y estampar un ardiente beso en sus labios.

FRAI.—¡Qué atrevimiento!

COME.—A toda prisa salí de aquel recinto, ebrio de gozo, palpitante de emoción.

FRAI.—¿Y no sabes quien era aquella señorita?

COME.—Lo ignoro. Por vez primera sentí vergüenza por mi conducta. Soy un infame, un cobarde que se aprovecha de las sombras para atentar contra el buen nombre de una señorita.

FRAI.—¿Y ella te conoció?

COME.—Yo creo que no.

FRAI.—Y en los Estados Unidos, ¿de qué has vivido?

COME.—He vivido de milagro. Quise inventar las telarañas artificiales para imitar botellas de vino viejo, y no me dió resultado. Gracias a que conseguí un destino en una fábrica de embutidos de Chicago. Allí me porté bien, y el dueño de la fábrica me procuró el título que ostento en mis tarjetas. (*Entrega una.*)

FRAI.—José Comellas. (*I. A. S. Ch.*)

COME.—Ingeniero de Artes salchicheras de Chicago.

FRAI.—Pues ya tienes un título profesional.

COME.—Vaya, te dejo; tú tienes que hacer, y yo voy a buscarme otro alojamiento, porque no estoy a gusto en el hotel Floc.

FRAI—No puedo consentirlo. Hasta que te instales definitivamente, tú te vienes a mi casa.

COME.—Pero...

FRAI.—No admito excusas. ¿Somos o no somos antiguos amigos de la infancia?

COME.—Basta. Esta misma tarde traerán mi equipaje. Adiós. (*Vase por A.*)

FRAI.—Adiós, ingeniero de Artes salchicheras. (*Vase a B. y dice:*) Que pase el de la tarjeta.

(*Entra don Barsanufio, cincuenta años, aspecto bonachón.*)

BARSA.—A la paz de Dios.

FRAI.—Felices.

BARS.—¿Usté es Fraile?

FRAI.—El doctor Fraile.

BARS.—Pues a usté es el que yo necesito.

FRAI.—Tome asiento. (*Anota en el cuaderno.*) "Barsanufio Carrasco." ¿Edad?

BARS.—Cincuenta años y viudo.

FRAI.—¿Domicilio?

BARS.—Estoy de "huéspede" en la calle de la Alameda, 96, segundo.

FRAI.—¿Profesión?

BARS.—Ex confitero.

FRAI.—No le pregunto la profesión pasada, sino la presente.

BARS.—Pues, ahora, como profesión, no tengo ninguna más que darme buena vida.

FRAI.—Mal hecho; en toda edad el hombre debe ocuparse en algo. Es un consejo que doy a todos mis clientes.

BARS.—Y el mismo consejo que daba yo a mis parroquianos, pero yo se lo daba impreso y en verso.

FRAI.—¿En verso?

BARS.—Sí, señor; en los papelicos de envolver los caramelos. Mire usté: Es lo que en poesía llamamos una décima: (*Dice, marcando con los dedos:*)

"Vida honesta y arreglada;
hacer muy pocos remedios
y poner todos los medios
a fin de no alterarnos por nada;
la comida, moderada,
y no tener aprensión;
salir al campo algún rato;
con las gentes, algún trato
y continua ocupación."

FRAI.—¿Y de dónde ha sacado usted esas décimas de nueve versos?

BARS. — "Y ocupación continua." Se me había olvidado el último. Los versos de los papelillos para envolver los caramelos me los discurría yo, con arreglo a la esencia de cada clase: de rosa, cosas de amor. De anís, cosas de borrachos. De malvavisco, cosas de médicos.

FRAI.—¿También nos dedicaba versos a los médicos?

BARS.—Sí, señor. Mire usté uno:

"Un hermano es matasanos;
el otro tiene farmacia;
el otro, una agencia fúnebre;
y así todo queda en casa. (*Ríe.*)

FRAI.—Muy bien. Hablar mal de los médicos, y luego venirnos a buscar.

BARS.—No se enfurruñe usté, que eso no es más que una broma. Tocante a mi asunto, empiezo por decirle que, al verme viudo, quedé sumiso en un mar de lágrimas, y eso que no pasaba día sin que mi difunta y yo nos tirásemos los platos a la cabeza.

FRAI.—Caramba; ahora con lo cara que está la vajilla, gastarían ustedes un dineral.

BARSA:—Ca, no, señor, porque guardábamos los pedazos para la cuarenta y dos bronca del día siguiente. Pero nos queríamos mucho, porque yo conocí a mi mujer de chiquitita, viéndola saltar a la comba, que saltaba como usted no es capaz de saltar, por más que sea usté doctor en medicina.

FRAI. — Caballero: comprenda que hay otros enfermos esperando.

BARSA.—Compendiaré. Yo vengo a decirle que pienso casarme.

FRAI.—Y eso, a mí, ¿qué me importa?

BARS. — Aclararé... Hace algunos años agarré una pulmonía, pero me curé por completo, porque yo soy un toro, tocante a robustez. Voy a casarme con una chica que es un bizcocho borracho. Su madre, que es

un azucarillo purgante, quiere que yo le muestre un certificado en que prevalezca que gozo de completa sanidad.

FRAI.—Comprendido.

BARSA.—Pero yo lo atestiguo que estoy sano y salvo.

FRAI. — Veremos. Pase ahí dentro (*Al biombo*) y quítese la americana.

BARSA.—Ya sé para qué es: para escucharme el pecho; pero no va usted a oír nada. (*Se ha quitado la chaqueta, que deja fuera, y se sienta en la butaca, dentro del biombo, después de sacar la cartera de la chaqueta y guardársela con disimulo en el pantalón.*)

FRAI.—¿Quién sabe? (*En el momento que pone el oído sobre el pecho de Barsanufio suena el teléfono.*) Perdone un momento. (*Al teléfono.*) Al habla. Servidor de usted, señor subsecretario. Afortunadamente se ha muerto el enfermo que más trabajo me daba, y puede usted disponer de mí.

BARS. — (Anda. Dice que afortunadamente.)

FRAI.—¿Su señora? ¡Ah!, ¿va usted a ser padre? Que sea enhorabuena.

BARSA.—¿A que adivino para lo que le llaman a usted?

FRAI.—¿Tanta prisa corre? Pues mándeme el auto y voy escapado... Adiós. (*Deja el auricular.*) Caballero, me es imposible reconocerlo ahora.

BARS.—Nada, nada. (*Se pone la americana.*) Vaya usté, que yo soy considerado. Y lo de esa señora es fuerza mayor.

FRAI.—Vuelva usted a la tarde.

BARS.—Con ese certificado me hace usted el hombre más dichoso del mundo. Y le pagaré lo que sea.

FRAI.—Por aquí. (*Por A.*)

BARS.—Y que de aquí a un año lo llame yo a usté para lo mismo. (*Vase por A.*)

FRAI. — Lo celebraré. (*Un golpe en B.*) Adelante. (*Entra madame Pirovaine. Treinta y cinco años, tipo elegante, esbelto. Es una histérica. Habla español correcto, excepto la c y la z, que las pronuncia s.*) ¡Ah, madam Pirovén!...

MADAM.—Señor doctor...

FRAI.—¿Cómo va esa salud?

MADAM.—Mal. Muy mal. Estoy desesperada.

FRAI.—¿No se alivió con las duchas eléctricas?

MADAM. — Nada absolutamente... ¿Y su ayudante dónde está?

FRAI.—Ocupadísimo con unos cultivos de microbios.

MADAM.—Es muy simpático. Con la blusa blanca está interesantísimo. Que salga un momento...

FRAI.—Imposible. Sería echar a perder el experimento.

MADAM. — ¡Ah, qué cosa tan terrible! ¡Qué desesperación! (*Se arroja en una butaca y retuerce las manos nerviosamente.*)

FRAI.—¿Qué le pasa, madam?

MADAM. — Soy muy desgrasiada. Yo no puedo acostumbrarme a vivir con el bruto de mi marido.

FRAI.—Pero, si usted vive en España y él en Francia...

MADAM. — Sí, señor. Mi esposo vive en Tarbes, dedicado a la reproducción de caballos percherones, y acaba de escribirme que vaya inmediatamente a reunirme con él. Pero yo no quiero vivir con ese monstruo. No, no y no.

FRAI.—Y antes de casarse, ¿no observó usted el carácter de su futuro?

MADAM.—¡Ah, querido doctor! Mi esposo entonces era un hombre de maneras distinguidas; pero desde que se dedicó a la reproducción de caballos de tiro, cada día es más grosero; yo creo que acabará por relinchar.

FRAI.—No tanto, no tanto...

MADAM.—¡Oh, sí, sí! Usted, que es médico, debe saber que las personas adquieren las costumbres y hasta la fisonomía de los animales entre los cuales viven constantemente.

FRAI.—Esa es una teoría disparatada.

MADAM.—¡Oh, sí, sí! Lo ha dicho un doctor francés. Si una persona chata vive muchos años entre loros, ¿usted sabe cómo se le pone la narís?

FRAI.—¿Verde?

MADAM.—No, señor: aguileña.

FRAI.—No lo crea usted.

MADAM.—¡Oh, sí, sí! Que salga su ayudante, y verá cómo es de la misma opinión.

FRAI.—Ya le he dicho que no puede salir.

MADAM. — ¡Ay!... Yo tengo calentura. Tómeme el pulso.

FRAI. (*Le toma el pulso.*)—No tiene usted calentura.

MADAM.—En la otra mano, puede que sí. Vea usted.

FRAI.—No hace falta. Sólo tiene usted alteración nerviosa. Le daremos baños eléctricos, y en las comidas tomará usted la Kola, que es un gran reconstituyente.

MADAM.—¿Tomaré la Kola antes de la comida?

FRAI.—No. La Kola, detrás.

MADAM.—¡Ay, doctor! Si vuelvo con el monstruo de mi marido, me costará la vida. Sálveme, doctor. Deme usted un sertificado disiendo que estoy enferma y sujeta a tratamiento. Que nesesito tomar sien, mil, dos mil baños eléctricos...

FRAI.—Le daré el certificado.

MADAM.—Lo llevaré al consulado fransés para que le pongan el sello y lo legalisen... (*Se levanta.*)

FRAI. — Hoy mismo se lo enviaré a su casa.

MADAM.—Grasias, doctor. Que me lo lleve el ayudante.

MADAM.—¡Oh, sí, sí! ¡Pardón! He dicho una tontería. Es demasiado fino para criado. Es muy simpático. Salúdele, de mi parte, muy afectuosamente.

FRAI.—Será usted servida.

MADAM.—Adiós, querido doctor.

FRAI. — Adíós, Madam. (*Acompaña a la puerta A.*)

MADAM.—Orrevoar. (*Vase por A. Reverencias.*)

FRAI.—Voy a preparar la bolsa de operaciones. (*Vase por D. Por la puerta F salen sigilosamente Serantes y Rosa.*)

SERAN.—¿Has visto, hija mía?

ROSA.—Sí, madam Pirovén.

SERAN.—Que viene todos los días.

ROSA.—Porque estará enferma. Si viniese por otro motivo, Pedro no me hubiera confesado que, de soltero, hizo el amor a esa señora.

SERAN.—Tu marido no te ha confesado todas sus travesuras solteriles. Todo joven, al casarse, lleva en su interior una aventura oculta y que calla como si se tratase de un crimen.

ROSA.—¡Ah, pues, yo haré que me la confiese!

SERAN.—Un hombre que, en lugar de la hidroterapia, emplea con la humanidad doliente esos aparatos de tortura es capaz de las mayores atrocidades.

ROSA.—¿Crees tú?

SERAN.—Ojalá me equivoque; pero presiento que, tarde o temprano, tu esposo caerá bajo la acción de la justicia.

ROSA.—Me asustas, papá.

SERAN.—Procede a un interrogatorio hábil.

ROSA.—Ya viene. Vete.

SERAN. — Cara sonriente. (*Vase por E. Fraile sale por D. con la bolsa de operaciones.*)

FRAI.—¡Hola! ¿Qué haces por aquí?

ROSA. — Disfrutar del delicioso perfume que hay en tu despacho.

FRAI.—¡Ah, sí! De madam Pirovén, que acaba de marcharse. También ha estado aquí Pepe Comellas, compañero de la infancia.

ROSA.—¿Compañero de aventuras?

FRAI.—Compañero de estudios. Nos queremos como hermanos, y, provisionalmente, se instalará aquí en casa.

ROSA.—Está bien. Pero dime: ¿por qué viene madam Pirovén todos los días? Debe estar muy delicada.

FRAI.—Nada. Nerviosa, porque su marido la llama a Francia, y ella no quiere ni verlo.

ROSA.—Preferirá verte a ti.

FRAI.—¿A mí?

ROSA.—Sí hombre. No te alteres.

FRAI.—Ya volvemos a las sospechas infundadas.

ROSA. — ¿Infundadas? ¿Negarás que, de soltero, hiciste el amor a esa señora?

FRAI.—Sí. Lo niego. ¿Quién te lo ha dicho? ¿Quién ha sido el infame calumniador?

ROSA.—Tú.

FRAI.—¿Yo?

ROSA.—Entre las calaveradas que me contaste está la de madam Pirovén. Acuérdate

FRAI.—(Es verdad. Una de las calaveradas de Comellas.)

ROSA.—¿Te atreverás a negarlo?

FRAI.—No... No lo niego...; pero como lo de esta señora se redujo a decirle alguna galantería..., creí que no te lo había contado.

ROSA.—¡Ah! Creías no habérmelo contado. Creías guardar el secreto...

FRAI.—Sí. ¿A qué negarlo?

ROSA.—Y, sin embargo, juraste no ocultarme ninguna de tus trapisondas de soltero. Esto me da derecho a sospechar que alguna calaverada me ocultas.

FRAI.—Ninguna. Créeme.

ROSA.—Me engañas, y haces mal, Pedro. (*Mimosa.*) Si precisamente yo soy feliz pensando que todo me lo has contado..., porque esa franqueza conmigo, es la mayor prueba de cariño que puedes darme. Si no te quiero inocentón, sino arrepentido de tus fechorías...

FRAI.—Ya lo sé.

ROSA.—Tú me has callado alguna aventurilla..., ¿verdad? Anda, cuéntamela, y ya no vuelvo a importunarte con mis celos.

FRAI.—¿Me lo prometes?

ROSA.—Te lo prometo.

FRAI—Pues sí... Una sola me reservé.

ROSA.—Cuenta..., cuenta...

FRAI.—(¿Qué le contaré yo? ¡Ah; ya sé!) Fué unos días antes de conocernos. En un baile, organizado por el Casino Médico-Farmacéutico, a beneficio de la Liga contra la urticaria. Estaba yo paseando por las galerías, cuando, maquinalmente, llego a un saloncito algo retirado. La noche era plácida. El balcón estaba abierto, y, en el balcón, de espaldas a mí, una esbelta joven de blanco y vaporoso vestido contemplaba el estrellado firmamento.

ROSA.—¡Ah!...

FRAI.—Después de la tuya, la figura más escultórica que vi en mi vida...

ROSA.—Sigue.

FRAI.—Me deslizo silenciosamente por la alfombra...

ROSA.—¡Pillín!

FRAI.—Y cuando ya percibía el templado perfume de su cuerpo, el arco voltaico que iluminaba el aposento sufre un eclipse. Oscuridad completa...

ROSA.—¿Y qué hiciste?

FRAI.—Una de las mías. Apoderarme rápidamente de aquella cabecita, estampar un apasionado beso en sus labios y escapar corriendo como un criminal...

ROSA. — ¡Ay, qué alegría! ¿Y no sabes quién era aquella joven?

FRAI.—No.

ROSA.—¡Ah! ¡Qué alegría! ¡Qué alegría, esposo mío!

FRAI.—¿Eh?

ROSA.—Aquella joven... era yo.

FRAI.—¡Tú!

ROSA.—Sí. No lo dudes. Ese incidente me

ocurrió a mí aquella noche en el Casino Médico-Farmacéutico.

FRAI.—¿Es posible?

ROSA.—Sí. Yo soy la que besaste.

FRAI.—(¡Mi mujer, besada por ese tunante de Comellas!)

ROSA.—¿No te alegras?

FRAI.—¡Quiá!... Digo, sí... me alegro una barbaridad...

ROSA.—Pero ¿qué te pasa?

FRAI.—Nada... Estoy impaciente porque no llega el auto del subsecretario, y tengo que asistir a su mujer...

ROSA.—Pues yo voy a que dispongan el cuarto para tu amigo Comellas.

FRAI.—¡No! ¡Comellas que se vaya a la posada del Peine!

ROSA.—¿Tu amigo de la infancia?

FRAI.—¡Un mal amigo! ¡Un infame!

ROSA.—Pues ¿qué ha hecho?

FRAI.—Recuerdo que... una vez... le convidé a almorzar en mi casa. La langosta que le di estaba en malas condiciones... Tuvo una indigestión que por poco se muere, y..., en vez de llamarme a mí, llamó a otro médico... Un desagradecido.

ROSA.—Bien. Como quieras. (*Camilo por la puerta B.*)

CAMIL.—Siñor. Ahí está el antimóvil del sunsecretario. (*Vase.*)

FRAI.—Voy corriendo. Queda con Dios.

ROSA.—¿No me das un abrazo?

FRAI.—¡No!

ROSA.—¿Ni para celebrar aquel beso?

FRAI.—¡Maldito sea el beso aquel!

ROSA.—¡Oh! ¿Qué has dicho? ¡Maldecir el primer beso que me diste!

FRAI.—¡Sí, lo maldigo! ¡Y su recuerdo me impide abrazarte!..., ya lo sabes. (*Vase por la puerta A.*)

ROSA (*Corre hacia él.*)—¡Pedro!... ¡Pedro mío!

SERAN.—¿Qué ha sucedido?

ROSA.—¡Papá! ¡No me quiere!... ¡No me quiere!... (*Llora.*)

SERAN.—No lo olvides: tu esposo acabará bajo la acción de los tribunales.

ROSA (*Cae lloranlo en un asiento.*)—¡No me quiere! ¡No me quiere!... (*Telón.*)

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

La acción, en la tarde del mismo día. Las cortinas de C. están echadas.

(CAMILO *viene por B. y abre la puerta A., por la que entra Fraile.*)

FRAI.—Toma, déjalo allí. (*En el D.*)

CAMIL. (*Toma la bolsa de operaciones y la entra en D.*)—Pronto ha rematao usté.

FRAI.—Y tan pronto.

CAMIL.—Se marchó usté que serían las once y acaban de dar las cuatro.

FRAI.—Cinco horas.

CAMIL.—¿Y cobran ustés lo mismo que cuando se tarda más?

FRAI.—Eso no es cuenta tuya. ¿Y mi mujer?

CAMIL.—Se marchó a comer a casa de su padre.

FRAI.—¿Salió sola?

CAMIL.—Sí, señor; sola.

FRAI.—¿Ha vuelto por aquí mi amigo Comellas?

CAMIL.—No lo conozco.

FRAI.—Sí, hombre. Aquel joven que vino esta mañana y entró a la consulta con bastón.

CAMIL.—Ah, sí. Pues no ha vuelto.

FRAI.—(¡Respiro! Aunque Comellas dice que no conoce a la del beso, yo no me fío de ese tarambana. Lo prudente será no presentarle a mi mujer.) ¿Hay enfermos esperando?

CAMIL.—No, siñor. Han venido bastantes; pero les hi dicho que se marcharan.

FRAI.—¿Y quién te mete a tí en eso? ¡Estúpido! ¿Para qué tengo un ayudante? Debiste llamarle para que me sustituyera.

CAMIL.—Ya lo sé pa otra vez. Yo, como a eso que ha ido usté son cosas que lo mismo pueden durar cinco horas que cincuenta, los hi despedío a todos; pero ha habido uno mu tozudo que no la dao la gana de marcharse.

FRAI.—¿Quién es?

CAMIL.—El de la tarjetica de esta mañana, que dice que lo citó usté pa esta tarde.

FRAI.—Es verdad. El confitero. Dile que pase. ¡Ah! Y tan pronto como venga mi amigo Comellas, me avisas.

CAMIL.—Avisaré. (*En la puerta B dice a Barsanufio*:) Eche usté pa dentro. (*Vase. Entra Barsanufio.*)

BARS.—¿Se puede?

FRAI.—Pase usted, don Barsanufio.

BARS.—Buenas tardes, doctor.

FRAI.—Muy buenas.

BARS.—Ya me iba cansando de esperar; pero como usté me dijo que volviera...

FRAI.—Sí, señor.

BARS.—¿Y qué tal la señora del subsecretario?

FRAI.—Muy bien.

BARS.—¿Chico o chica?

FRAI.—Ni lo uno ni lo otro.

BARS.—¡Ja, je! ¡Guasón!...

FRAI.—Dos chicos.

BARS. — ¡Anda! Dos gemelos. Y luego dicen que se va a acabar el mundo.

FRAI.—Bueno. Usted me dijo que necesitaba un certificado de sanidad. ¿No es eso?

BARS.—Sí, señor. Y por si hace falta, aquí traigo papel sellado de peseta. (*Lo manifiesta.*)

FRAI.—No hace falta. Para eso tengo estos impresos.

BARS. (*Toma uno y lee.*)—"Don Pedro Fraile Calzado. Doctor en Medicina y Cirugía. Certifico. Que don..."

FRAI. (¡Y mi mujer sin venir!)

BARS.—Ya comprendo. A continuación se escribe a mano lo que padece el enfermo.

FRAI.—(¡Como tarde mucho, me voy a buscarla!)

BARS.—Lo mismo hacía yo con los papeles para envolver los turrones por Navidá: Impreso: "El colmo de las colmenas" Gran confitería de Barsanufio Carrasco. Exquisito turrón de... Puntos suspensivos. Y no tenía más que añadir a mano: "De Alicante". "De Cádiz". "De Jijona". Pero todos los hacía yo en Guadalajara.

FRAI.—Mire usted. Tengo un asunto urgente y necesito terminar pronto.

BARS.—Sí, señor. Y para que acabe usted cuanto antes, sepa que el médico que entonces me asistió dictaminó que yo no padecía una pulmonía de las vulgares, sino lo que en términos cistíficos llaman ustedes "Pulmonía de caña".

FRAI.—¿Pulmonía de caña?

BARS.—Así dijo el médico, porque la cogí pescando en el Jarama.

FRAI.—Bien, bien. Quítese la americana.

BARS.—Si todo sale a mi gusto, en agradecimiento le voy a regalar a usté su retrato en guirlache, hecho por mí.

FRAI.—Muchas gracias.

BARS.—Cuando Maura pasó por Guadalajara, le hice su busto en guirlache, y el pelo y la barba de pasta de merengue. Muy parecido: no había uno que lo viese que no dijera: Está para comérselo. (*Barsanufio se quita la americana y el chaleco, como en el primer acto.*)

FRAI.—Vamos a ver. (*Camilo por la puerta B.*)
CAMIL.—Siñor.
FRAI.—Ha venido mi mujer?
CAMIL.—No, siñor. El siñor Comellas.
FRAI.—¡Ah, Comellas! Un momento.
BARS.—A ver si lo llaman a usté para otra señora...
FRAI. (*A la puerta D.*)—¡Quiroga! Haga usted el favor. (*Sale Quiroga, de D.*)
QUIR.—¿Qué desea?
FRAI. — Practique un reconocimiento a este caballero.
BARS.—Yo deseo que me reconozca usté, que para eso he venido.
FRAI.—No me es posible. El señor es mi ayudante y persona competente.
BARS.—Pero si el señor no está enterao...
FRAI.—Le entera usted.
BARS.—Pues verá usted. Hace unos años padecí una pulmonía de esas que llaman ustedes "pulmonía de caña".
QUIR.—No he leído eso en ningún tratado terapéutico...
BARS. (*A Fraile.*)—¿Ve usté? Anda mal de terapéutica.
FRAI.—No, hombre, no. Adentro, en seguida. (*Quiroga y Barsanufio vanse por D. En la puerta B.*) Pasa, Pepe. (*Por la puerta B viene Comellas, seguido de Camilo.*)
COME.—¡Mi querido Fraile! ¡Vengo loco de alegría!
FRAI.—¿Pues?
COME.—¡La encontré!
CAMIL.—Caballero, el bastón.
COME. — Tómalo, hombre. (*Vase Camilo por B.*)
FRAI.—Pero ¿a quién has encontrado?
COME.—¿A quién ha de ser? A mi desconocida. A la del beso.
FRAI.—(¡María Santísima!) ¿Y cómo has podido reconocerla?
COME.—Por un detalle que no te conté porque lo creí insignificante, y hoy es un dato de gran valor.
FRAI.—¿Cuál?
COME.—Aquella noche, al llegar junto a mi desconocida, pude observar que detrás de la oreja izquierda tiene una manchita roja muy pequeña, como una fresa.
FRAI.—Ah, sí, lo que los médicos llamamos *nevus*.
COME.—Y los profanos, un antojo. Es una señal inconfundible.
FRAI.—(¿Tendrá mi mujer esa manchita?)
COME.—El encuentro ha sido providencial, verás. Esta mañana, a eso de las once, en la Puerta del Sol, subo al tranvía para ir a la estación del Mediodía a recoger parte del equipaje que facturé en doble pequeña y encargar que me lo trajesen aquí. El coche no era de asientos corridos, sino individuales. Me siento; delante, y de espaldas a mí, se sienta una joven rubia, elegante y hermosa, cuya cabecita me hizo recordar a la del beso. Miro... me fijo y ¡ay! mi corazón estuvo a punto de saltar por la ventanilla.
FRAI.—¿Por qué?
COME.—Allí, a un palmo de mis ojos, estaba la diminuta fresa... ¡La señal inconfundible!
FRAI.—(¡Sudo pez!)
COME. — Para el tranvía. La joven baja y toma una calle frente al Botánico.
FRAI.—(¡Santo Dios!)
COME.—La sigo. La misma figura..., el mismo talle... y... ¡qué boca!... ¡Qué ojos!... Porque te advierto que me miró, que me enloqueció su mirada y que estoy decidido a casarme con ella.
FRAI.—Sigue. ¿Dónde se metió?
COME.—En la calle de la Alameda, número 85.
FRAI.—(¡En casa de mi suegro!)
COME.—Sube. Llama en el segundo piso y oigo que dice: "Hola, papá",
FRAI.—(¡Mi mujer!)
COME.—Salgo a la calle y veo en el portal de la casa frontera, núm. 96, un cartelito que dice: "Se cede una habitación amueblada en el piso segundo." Subo escapado y tomo esa habitación a la señora viuda de un tal Rabufeti.
FRAI.—La conozco...
COM.—Desde allí me será fácil averiguar el nombre de esa señorita, su familia y cuanto necesito saber. Esto me impide aceptar tu amable invitación de vivir unos días en tu casa.
FRAI.—(¡Cuánto me alegro!)
COME.—Ya supongo que lo sentirás...
FRAI.—Sí, mucho. Muchísimo...
COME.—Bueno. Ya es hora de que me presentes a tu mujer...
FRAI.—¡No! A mi mujer..., no. No está en casa.
COME.—¿Qué te pasa, amigo Fraile? Te encuentro así... como preocupado.
FRAI.—Sí..., preocupado... Estoy pensando..., porque..., vamos a ver: ¿Y si resultase que tu desconocida es casada?
COME.—Estoy decidido a todo. A ella y a su marido, y a todas sus amistades les cuento lo del beso. Siembro la discordia entre el matrimonio. Reyertas conyugales, divorcio y... Comellas, vencedor.
FRAI.—Hombre, eso de vencedor, es demasiada presunción.
COME.—Vencedor. Tú no sabes las miradas que me ha dirigido esa joven.
FRAI.—¿Y cómo has traducido tú esas miradas?
COME.—¡Oh! Fueron miradas de una sutileza tan complicada... De tal manera se fundieron en ellas la locura y la razón; la seriedad y la risa, que ni todos los idiomas del mundo podrían traducirlas.
FRAI.—(¡Me va a poner en ridículo!)
COME.—Con que... Me voy a mi observatorio. Hasta más ver.
FRAI.—(¡Qué situación!)
COME.—¿No has oído que me marcho?

FRAI.—Ah, sí. Adiós.

COME.—Algo te pasa... ¿Es que esperas la visita de alguna vestal?

FRAI.—No, hombre, no.

COME.—¡Sí, sí!... A este cura no se la dá ningún fraile. (*Vase por la puerta B.*)

FRAI.—Esto es para desesperarse. ¿Quién lo podía imaginar? ¡Encontrarse a mi mujer en el tranvía!... Fijarse en el pequeño *nevus*... ¿Será cierto que han cambiado miradas? ¡Y ese Comellas es capaz de cualquier cosa!... ¡Esto es espantoso! (*Camilo entra por B.*)

CAMIL.—Siñor. Ahí está.

FRAI.—¿Mi mujer?

CAMIL.—No, siñor. Un *clente.*

FRAI.—Que vuelva. Hoy no recibo a nadie.

CAMIL.—El carnicero de la esquina, que dice que su niño ni crece ni mengua, y que sigue tan arguellao como la última vez que usté le vió. ¿Qué le digo?

FRAI.—Que pese al niño cada quince días. En las mismas balanzas en que pesa la carne, lo puede pesar.

CAMIL.—¿Con hueso y todo?

FRAI.—Claro está. ¡Animal! (*Vase Camilo. Quiroga y Barsanufio salen por D.*)

QUIR.—Ya está hecho el reconocimiento.

BARS.—He quedao muy satisfecho. Dice el ayudante que estoy más sano que una manzana. ¡Se va a poner poco contenta mi futura suegra.

FRAI.—Vaya, pues, ya está usted despachado.

BARS.—Sí; pero venga el certificado.

QUIR.—Se lo enviaremos a usted hoy mismo.

BARS.—Conforme. Ya saben ustedes: Alameda, 96, segundo, para lo que gusten mandar.

FRAI.—Vaya con Dios.

BARS.—Y digan ustedes. ¿Me sentaría bien eso que le llaman *hidroteraspia?*

QUIR.—No le hace a usted falta.

BARS.—Lo digo porque, frente de casa, en el 85, hay un señor que se pasa el día tomando baños y duchas, y dicen que le va muy bien...

QUIR.—Por lo menos... se lava.

BARS.—Por cierto que el día menos pensado vamos a tener alguna cuestión, y gorda. ¿Saben ustedes por qué?

FRAI.—¿Por qué?

BARS.—Porque no repara en nadie. Y se figura que en su casa puede hacer su voluntad. Quiere tomar los baños desnudo y al aire libre. Y para eso abre el balcón.

FRAI.—(¡Qué pesado!)

BARS.—Antes, menos mal, porque las macetas que tiene en el balcón estaban con las hojas verdes y formaban a modo de una pantalla. Pero ha llegado el otoño. Se han secado las hojas... y calculen ustedes. Mi futura suegra, que es una señora muy mirada, no hace más que mirar y está dispuesta a denunciar a ese señor a las autoridades.

FRAI.—Bueno. Que lo denuncie y vaya usted con Dios. (*Se sienta a la mesa.*)

CAMIL.—¿Han llamado?

BARS.—Y si, porque ha sido magistrado, la autoridad no pone remedio, a ese tío fresco le meto yo una perdigonada con sal. (*Vase por la puerta A.*)

FRAI.—¡Pues sí que estamos divertidos!..

QUIR.—¿Por qué?

FRAI.—No me cabe duda. La persona a quien se ha referido este hombre, es mi suegro. Viven en la misma calle, frente por frente. Esto ya me lo temía yo. (*Escribe en un papel el certificado.*) "Madam Pirovén de la Butifier".

QUIR.—De modo que el suegro de usted continúa con la hidroterapia. *O gran er*, que dicen los franceses.

FRAI.—Figúrese qué escándalo, si llegan a denunciarle por faltas a la moral. Todo un ex magistrado. En fin; que sufra las consecuencias de su chifladura. (*Escribe en otro papel.*) "Don Barsanufio Carrasco".

QUIR.—¿El certificado para ese señor?

FRAI.—Sí. Póngalo usted. Yo estoy nervioso y me tiembla la mano. (*Se levanta y deja el asiento a Quiroga.*) También hay que poner ese otro.

QUIR. (*Lee.*)—"Madam Pirovén"...

FRAI.—Su amiga de usted, que vino esta mañana y me dió la gran jaqueca. Para no reunirse con su marido, que está en Francia, quiere un certificado en que conste que padece... lo que queramos poner: anemia, alteración nerviosa..., etc.

QUIR.—Para alteración nerviosa, la que yo sufro. (*Escribe.*)

FRAI.—¿Usted también?

QUIR.—El certificado diciendo que don Barsanufio Carrasco se encuentra bueno y sano, es mi sentencia de muerte.

FRAI.—¿Por qué causa?

QUIR.—Con este certificado, don Barsanufio se casará con la mujer que yo adoro. Tiene capital, y la madre obliga a la chica.

FRAI.—¡Ah! ¿La señorita que vino esta mañana?

QUIR.—La misma. ¡Filomena! ¡Mi adorada Filomena!

FRAI.—Sí que es triste.

QUIR.—Comprenda usted mi alteración de nervios.

FRAI.—Yo también los tengo de punta, amigo Quiroga. Figúrese que un amigo mío de la infancia se ha enamorado de mi mujer.

QUIR.—¡Canastos! Eso sí que es grave. ¿Y qué razones tiene ese sujeto para no respetar la esposa de un amigo?

FRAI.—Es largo de contar.

QUIR.—¿Qué tratamiento le ponemos a Madam Pirovén?

FRAI.—Baños eléctricos durante...

QUIR.—¿Dos años?

FRAI.—O quince. Lo mismo dá.

QUIR.—Firme usted.

FRAI.—(¡Y mi mujer sin venir!)

QUIR.—(¡Pobre Filomena!)

FRAI. (*Firma los dos certificados.*)—Ponga los sobres. (*Quiroga mete los certificados en los respectivos sobres.*)

FRAI. (*Llama a E.*)—¡Pelagia!

QUIR.—¿Me necesita para algo más?

FRAI.—No, gracias.

QUIR.—(¡He redactado mi sentencia de muerte! ¡Pobre Filomena!) (*Vase por la puerta D.*) (*Entra Pelagia por E.*)

PELA.—¿Qué manda usté?

FRAI.—¿Ha vuelto mi mujer?

PELA.—No, señor. Desde que se marchó no ha vuelto.

FRAI.—Tome. Corriendo, a llevar esto.

PELA.—¿Tengo de llevarlo donde dicen los sobres?

FRAI.—Naturalmente. ¡Vaya una pregunta! Y tan pronto venga mi mujer, avíseme usted.

PELA.—Si me voy a la calle, ¿cómo lo voy a avisar a usté?

FRAI.—(Es verdad.) Bueno. Si por casualidad encuentra a mi mujer, le dice usted que necesito hablar con ella. (*Rosa, por la puerta E. Se quita el sombrero y lo entrega a Pelagia.*)

ROSA.—Aquí me tienes ya. ¿Para qué necesitas hablar conmigo?

FRAI.—(Hay que ver si tiene el nevus sin que se entere.) (*Vase Pelagia.*)

FRAI. (*Disimuladamente procura ponerse detrás de Rosa para observarla la oreja izquierda. Rosa, sin darse cuenta, lo evita, poniéndose de frente para hablar con él.*)—¿De dónde vienes?

ROSA.—De casa de papá. No he querido almorzar sola.

FRAI.—¿No has estado en algún otro sitio?

ROSA.—En ningún otro. ¿Dónde he de estar?

FRAI.—¿No has ido a visitar a alguna amiga?

ROSA.—Te repito que no.

FRA.—¿Has ido a pie?

ROSA.—No. Tomé el tranvía en la Puerta del Sol.

FRAI.—Y los asientos del coche, ¿no eran corridos, sino... de esos individuales?

ROSA.—Sí. Son los más cómodos.

FRAI.—¿Y no viste a la persona que iba sentada detrás de ti?

ROSA.—Si estaba detrás, ¿cómo había de verla?

FRAI.—¿Y tampoco la viste cuando te apeaste?

ROSA. — Pero ¿a qué viene dar tantas vueltas alrededor de mí?

FRAI.—Es que me parece que llevas un pendiente desabrochado.

ROSA. — Ca, no. (*Tocándoselos.*) Están bien seguros.

FRAI.—Pues desde aquí me parecía... ¿A ver? (¡La fresa! ¡Ya no hay duda; Comenas besó a mi mujer!)

ROSA.—¿Qué estás diciendo?

FRAI. — Nada... que... ¿Cuándo subías la escalera de casa de tu padre, ¿quién subía detrás de ti?

ROSA. — No recuerdo bien... ¡Ah, sí! Un joven...

FRAI.—¡Un joven! ¡Sus señas! ¡Sus señas inmediatamente!

ROSA.—Vete a paseo. ¡Vaya unas simplezas de preguntar!

FRAI.—Mira: en lo sucesivo no vuelvas a salir sola. No me gusta.

ROSA.—¿Por qué?

FRAI.—Eres muy joven..., y pueden tomarte por soltera.

ROSA.—¿Es que desconfías de mí?

FRAI.—No; pero no quiero que salgas sola.

ROSA (*Cariñosa.*)—¡Tonto! ¿Vas a resultarme un Otelo? (*Acariciándole.*) ¿Con tu mujercita, que te quiere tanto? ¿Que te querrá siempre lo mismo?...

FRAI.—No; déjame...

ROSA.—¿Qué tienes, Pedro? Nunca te he visto así?

FRAI.—Quiero que contestes a mis preguntas. ¿No me engañas? ¿No haces traición a mi cariño?

ROSA.—¿Qué estás diciendo?

FRAI.—Exijo una respuesta categórica.

ROSA.—¡Ah, tú has perdido la razón!... Me das miedo.

FRAI.—¿No has dirigido miradas de amor a algún hombre?

ROSA. — ¡Por Dios, Pedro! Me estás ofendiendo. ¿Acaso tienes alguna prueba, algún indicio, para sospechar de mí?

FRAI.—Sí.

ROSA.—¿Cuál?

FRAI.—Aquel maldito beso que recibiste en el casino...

ROSA.—Bien. ¿Y qué? ¿No fuiste tú quien me lo dió por sorpresa? Tú mismo me lo has confesado.

FRAI.—Sí..., yo fuí...; pero, para mí.... es como si lo hubiese dado otro, porque... entonces no nos conocíamos todavía...

ROSA.—Pero ¿no fuiste tú el único culpable?

FRAI.—¡No!... ¡La culpable fuiste tú, porque demostrate ser débil... Porque no diste un grito de protesta...

ROSA.—¿Que no me indigné?

FRAI.—¡No!

ROSA.—¿Te parece poca indignación el bofetón que te largué?

FRAI.—¿Un bofetón?

ROSA.—Y tremendo.

FRAI.—Pues eso se lo ha callado...

ROSA.—¿Quién?

FRAI.—No... Nadie... Es que... con el tiempo transcurrido... ya no me acordaba del bofetón.

ROSA.—¡No es posible! Un bofetón no se olvida tan fácilmente.

FRAI.—Yo, sí. A mí me dan un bofetón, y a la semana, ya...

ROSA.—¡No es verdad! Tú me engañas.

Eso es que aquella noche besaste otras mujeres.

FRAI.—No. Te lo juro. A ti nada más.

ROSA.—Ya comprendo, ya. Para que yo no te recrimine finges sospechar de mí. Es el procedimiento que siguen las personas perversas. Hoy precisamente me lo decía mi papá.

FRAI.—Sólo nos faltaba que tu papá se mezcle en nuestros asuntos.

ROSA.—Para defenderme de tus malas artes. ¡Hipócrita! ¡Falso! (*Vase por E.*)

FRAI.—¡Escúchame! ¡Yo te juro! (*Camilo por B.*)

CAMIL.—Siñor...

FRAI.—¿Qué hay?

CAMIL.—Una señora que le corre mucha prisa hablar con usté.

FRAI.—Que pase.

CAMIL. (*A la viuda de Rabufeti.*)—Eche usté palante. (*Vase. Entra la viuda de Rabufeti.*)

FRAI. (*Al verla.*)—(La viuda de Rabufeti.)

VIUD.—Buenas tardes, doctor.

FRAI.—Señora; ya le dije esta mañana que no es este piso el que se alquila, sino el de arriba.

VIU.—Caballero, se ha colado usted, porque no vengo por ver este piso.

FRAI.—Ah, yo creía...

VIUD.—Pues ha creído usted mal. Vengo por un asunto de su profesión.

FRAI.—Usted dirá...; siéntese.

VIU.—Tengo una hija joven y hermosa. Mi retrato, cuando yo tenía su edad. Y no quiere casarse con el hombre que a mí me gusta.

FRAI.—Señora; esto no es una agencia de matrimonios.

VIU.—Caballero, se ha vuelto usted a colar. Sospecho que mi hija ha estado aquí esta mañana.

FRAI.—¿Es una morenita que se llama Filomena?

VIUD. — La misma. Ya me lo figuraba yo...

FRAI.—En efecto. Según me dijo el ayudante, padece una faringitis.

VIUD. —¿Conque faringitis? Lo que padece es una ayudantitis.

FRAI.—El ayudante la ha mandado hacer gárgaras con clorato...

VIUD.—A quien yo voy a mandar a hacer gárgaras es a ese mequetrefe de ayudante.

FRAI.—Señora; eso de mequetrefe...

VIUD.—Mequetrefe, sí, señor. Porque mi hija está enamorada de él. Y si ha venido aquí ha sido con motivo de un certificado.

FRAI.—No, señora; por la faringitis. Ahora es usted la que se ha colado.

VIUD.—¡Yo no me *colo!* Se trata del certificado que van ustedes a extender a don Barsanufio Carrasco; y mi niña ha venido a sobornarlos a ustedes para que falten a la verdad y certifiquen que ese señor está enfermo.

FRAI.—Señora; está usted agotando mi paciencia. Ofendiendo a nuestra sagrada profesión. En los certificados decimos siempre la verdad.

VIUD.—A ver. ¿Dónde está ese certifi cado?

FRAI.—Donde debe estar.

VIUD.—¡Ah! ¿No quiere usted que yo se pa lo que se dice en él?

FRAI.—Basta, señora. Doy por terminada esta visita.

VIUD.—Pues no me marcharé sin decirl a usted cuatro verdades.

FRAI.—(¡Dios me contenga!)

VIU.—Don Barsanufio está sano, y com no lo certifiquen ustedes así, estoy dispues ta a dar un escándalo. Los denunciaré ustedes por falsarios ante las autoridade ante el ministro y ante quien sea precis

FRAI.—Señora... No la despacho a uste pero he dado esta visita por terminada.

VIUD.—Sí, señor. Quede con Dios. Pe sepa que con la viuda de Rabufeti no juega. Y si por causa del certificado mi hij no se casa con ese hombre..., ¿sabe usted lo que soy capaz?

FRAI.—¿De qué?

VIUD. — De casarme yo con él. (*Va por A.*)

FRAI.—¡Vaya usted y que la emplumen (¡Y mi pobre mujer que se ha ido llorando (*Medio mutis por E. Quiroga por D.*)

QUIR.—¿Me necesita para algo?

FRAI.—No. Puede usted marcharse. (*Camilo por B.*)

CAMIL.—Siñor.

FRAI.—¿Qué?

CAMIL.—La señora de esta mañana, q quiere hablar con el ayudante.

QUIR.—¿Quién es?

CAMIL.—La franchuta.

QUIR.—¡Madam Pirovén! ¡Esa mujer mi sombra! ¡Entretenla mientras escapo p aquí. Adiós. (*Vase por A.*)

CAMIL.—¿Puede pasar ahora?

FRAI.—No. Se acabó la consulta por h Aquí no entra ningún enfermo más. Ya lo s bes. (*Medio mutis por E. Vase Cam por B. Suena el teléfono.*)

FRAI.—¡Maldito sea el teléfono y quien inventó. (*En el auricular.*) ¿Con quién? S vidor de usted, señorita. ¿Que no le ad nemos el sombrero con flores? ¿Qué p fiere usted frutas? Pues se lo dice usted su modista, y que le ponga también un chillo de postre. Y otra vez procure no eq vocar el número de su modista de somb ros. (*Serantes por B.*)

SERAN.—Sería la primera vez que yo trase en esta casa y no me encontrara madam Pirovén.

FRAI.—Hágame el favor de no molest me con sus sospechas. Esa señora ha ven para hablar con el ayudante.

SERA.—Con que..., ¿con el ayudante?

FRAI.—Sí, señor.

SERAN. — Comprobación. (*Mira por D.*) ...uiroga!

FRAI.—No está.

SERAN.—Luego, has declarado en falso.

FRAI.—No, señor.

SERAN.—Amigo mío, para trapisondas y ...bar la coartada no hay profesión como la ...médico.

FRAI.—Bueno. Lo que usted quiera. (*Pe...ia por E.*)

PELA.—Señorito. La señorita se ha echa... sobre la cama y me parece que no se ...uentra bien...

FRAI.—(¡Malditos celos!) ¡Camilo!

CAMIL. (*Por B.*)—Mande.

FRAI.—No dejes entrar enfermos ni sa... Venga quien venga, que no hay nadie en ...a. (*Vase por E. Pelagia; medio mutis.*)

SERAN.—Venga usted por aquí.

PELA.—Voy a hacer tila para la señorita.

SERAN.—Antes la voy a interrogar a us... ¿Promete uted decir verdad en cuanto ...piere y fuere preguntada?

PELA.—Sí, señor.

SERAN.—¿Por qué no se encuentra bien mi ...a?

PELA.—Porque tiene celos de su marido.

SERAN.—(Otro indicio.) Siga usted detrás ... mí y cierre esta puerta con llave. (*Vase ...r E., seguido de Pelagia, que cierra la ...erta. Camilo por B.*)

CAMIL.—Al pelo. Por hoy se ha rematao ...faena. (*Trae un sobre.*) En el piso de ...uí encima está de sirvienta una chavala ...s maja que las pesetas... (*Mira el sobre.*) ... dirección se la pondré con tinta. (*Se sien... en el sillón del doctor y escribe.*) No sé ...mo se llama, pero no hace falta. "Pa la ...ada del piso de más arriba o como se lla....." Dejo la puerta de la escalera entorná..., ...bo en cuatro garradas y la echo la carti... por debajo la puerta. (*Vase por B. Pela...a y luego Fraile por E.*)

PELA.—Dice que lleve el frasco del éter. (*...usca.*) Vaya usté a saber cuál será y dón... lo tendrá... (*En E.*) ¡Señor! ¡Que yo ...sé dónde está el frasco!

FRAI. (*Saliendo.*)—Tiene usted razón. Só...a mi suegro se le ocurre enviar a usted ...buscar el frasco del éter. (*Ha entrado en ... de donde sale con el frasco.*) Cierre ...uí. (*Vase por E. Pelagia vase por E. y ...rra. Por A. entra Laura, linda joven, co...endo y asustada.*)

LAURA.—¡Pedro! ¡Pedro! (*Corre a E. y ...puja.*) ¡Cerrado! ¡Y ese hombre no deja ... seguirme!... ¡Ha subido detrás de mí!... (*...n D.*) ¡Pedro! (*Camilo por B.*)

CAMIL.—¿Quién llama aquí?

LAUR.—¿Está el doctor?

CAMIL.—En casa no hay nadie más que yo.

LAUR.—Bueno. Me esperaré. (*Queda a la ...uierda, cerca del biombo.*)

CAMIL. (*A Comellas, que se supone ha lle...do a la sala de espera.*)—Y usted, ¿qué ...iere? (*Deja abierta la puerta B.*)

COME. (*Dentro.*)—Ver al doctor.

CAMIL. (*Dentro.*)—No hay nadie en casa.

COME.—No me importa.

CAMIL.—No se pué pasar.

COME.—Pues pasaré... (*Continúa la disputa.*)

LAUR. (*Durante la disputa anterior dice:*) ¡Es él!

COME. (*Entrando.*) — Yo soy amigo del doctor y puedo... (*Ha visto a Laura esconderse.*)

LAUR.—(¡Ah!) (*Se oculta dentro del biombo, dando tiempo a que Comellas se percate de ello.*)

COME.—(En el biombo. ¡Qué inocente!) (*Camilo ha entrado detrás de Comellas, pero no ha visto a Laura.*)

COME.—Esperaré a que vuelva mi amigo el doctor para darle un recado. Retírate y cierra.

CAMIL.—Pues déme usted el bastón.

COME.—¡No me da la gana!

CAMIL.—Pues voy a llamar al marido de la portera, que es municipal (*Vase corriendo B.*)

COME.—¿A llamar a un municipal? ¡No! ¡No le llames! ¡Toma! (*Vase corriendo B.*)

LAUR.—(¡Me parece que me ha visto!) (*Se oculta tras las cortinas de C.*)

COME. (*Entrando y cerrando la puerta B., que quedó abierta.*)—Ahí tienes el bastón. Cométela. (*Toma una silla y se sienta al lado del biombo.*) Señorita, no la ruego que salga de su escondite. Al contrario: la suplico que permanezca unos minutos en él. Así podré decirle a usted cuanto mi pecho siente sin que el rubor asome a sus mejillas. (*Laura asoma por las cortinas.*) Yo la amo a usted. Pero no con un amor material y pasajero, sino como debe amarse: con amor de pureza y de respeto, con ese amor que funde dos almas en una. Además, permítame decirle que poseo un título profesional y una cuantiosa herencia, título y amor que pongo a su disposición. Nada más se me ocurre, y no le extrañe, porque a la mujer que más se ama es, seguramente, la mujer a quien menos se le dice.

LAUR. — (¡Pobrecillo!) ¡Es un neurasténico!)

COME.—Espero su contestación...

LAUR.—(¡Tengo miedo!) (*Vase por A.*)

COME.—¿No quiere contestarme? Está bien. El silencio es, para mí, el mayor de los desprecios... Ahora mismo entro en el gabinete electroterápico.... y me electrocuto... (*Pausa.*) ¿Tan dura es usted de corazón? Nada hace usted para evitar mi muerte? (*Se asoma al biombo.*) ¡Nadie! (*Se asoma a C.*) ¡Señorita! Tampoco. (*Se asoma a D.*) ¡Señorita! ¡Señorita! (¿Dónde se ha metido?) (*Fraile por E.*)

FRAI.—¿A quién llamas?

COME.—¡A ella! ¡A mi desconocida! ¡La del tranvía!

FRAI.—¡No es posible!

COME.—¿Cómo que no? Aquí ha entrado y aquí debe de estar.

FRAI.—(¿Cómo es posible, si mi mujer está allá dentro con su padre?)

COME.—Es más: la he visto meterse detrás de ese biombo.

FRAI.—Tú desvarías. Aquí no puede haber estado esa señora..., digo, esa señorita.

COME.—¿Serás capaz de negarlo?

FRAI.—Sí; lo niego.

COME.—¡Ah! Ya comprendo. ¿Y eres tú el virtuoso; el hombre de buenas costumbres?

FRAI.—¿Qué quieres decir?

COME.—Que antes, cuando estuve aquí, ya sospeché que esperabas alguna vestal. Que ahora la tenías aquí escondida. Que engañas a tu mujer y que eres un hipócrita y un libertino.

FRAI.—¡Comellas!

COME.—Y, además, un mal amigo, que me robas el amor de esa señorita.

FRAI.—¡Tú estás loco!

COME.—Loco de amor por ella. Por eso estoy dispuesto a matarme contigo... y ya nos veremos, señor de Fraile. (*Vase por B.*)

FRAI.—¡Donde tú quieras! (*Rosa y Serantes, por E.*)

ROSA.—Muy bien, señor marido, muy bien.

FRAI.—¿Por qué?

ROSA.—Por lo que acabo de escuchar.

SERA.—Doy fe.

ROSA.—Que aquí tenías una joven esc[illegible]dida.

FRAI.—¡No es verdad!

ROSA.—¡Es cierto! Tu amigo la ha vis[illegible]

SERA.—Testigo ocular.

FRAI.—¡Testigo falso!

ROSA.—Ahora comprendo por qué no [illegible] querido tener consulta esta tarde: para [illegible]cibir a esa joven con toda tranquilidad.

SERA.—Prueba fehaciente. (*Camilo por* [illegible]

CAMIL.—Siñor.

FRAI.—¿Qué?

CAMIL.—Por esa puerta (*A.*) sacaba [illegible] escapar la señorita que le estaba esperan[illegible] a usté. (*Vase.*)

FRAI.—¿A mí?

ROSA.—¡Niégalo ahora! ¡Niégalo!

SERA.—Otro testigo ocular.

FRAI.—Por Dios, Rosa, que soy inoce[illegible]

ROSA.—¡No te acerques a mí! ¡Te [illegible]testo!

FRAI.—¡Me estallan los nervios!

ROSA.—¡Hemos terminado para siemp[illegible]

FRAI.—¡Voy a darme un baño eléctr[illegible] (*Se quita la americana y va hacia C.*)

ROSA.—¡Papá tiene razón, un hombre [illegible]mo tú ha de verse en el banquillo de los a[illegible]sados! (*Telón.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

ıeras horas del día siguiente del acto anterior. Una mesita, Fraile, en mangas de camisa, acos- en una butaca y una silla, cubierto con una manta de viaje y apoyada la cabeza en una almohada.

Por E. viene Pelagia con servicio de café che con panecillo.)

ELA. (*Despierta a Fraile.*)—¡ Señorito!... ñorito!...

RAI.—¿Eh? ¿Qué?

ELA.—Aquí tiene el desayuno.

RAI.—Déjalo ahí. No tengo ganas de na-. Diga usted a Camilo que entre. (*Se nta y pasea nervioso.*)

ELA. (*Ha dejado el servicio en la mesi-*—¡Camilo! Entra, que te llama el se-to.

RAI.—(¡ Yo no puedo continuar así!) *milo entra por B.*)

AMIL.—Mande.

RAI.—Te prevengo que hoy no tengo con-a.

AMIL.—Ya me lo figuraba yo.

RAI.—¿Y por qué te lo figurabas? nso!

AMIL.—Porque ha convertido usted el acho en cuarto pa dormır.

RAI.—No te metas en lo que no te im-a. Hoy cierro la consulta porque es mar- y ese día lo destino a mis asuntos par-lares.

AMIL.—(¡ Pal tonto que te crea!)

RAI.—Unicamente si se presentase algún de mucha urgencia. ¿Me has entendido?

AMIL.—Sí, siñor.

RAI.—Puedes retirarte. (*Vase Camilo.*)

ELA.—Se le va a enfriar el desayuno.

RAI.—Ya no me acordaba. (*De pie toma s sorbos.*) ¿Dónde está la señorita?

ELA.—En su cuarto. Se ha encerrado y que no quiere salir.

RAI.—(¡ Qué situación!)

ELA.—Dice que le duele la cabeza. Yo é si le dolerá o no le dolerá; pero me ha dado a buscar un médico.

RAI.—¿A buscar un médico?

ELA.—Sí, señor. Se conoce que no tiene ianza en usted.

RAI.—¡ Se guardará usted muy bien! Es- bueno que la esposa del doctor Fraile ase a buscar otro médico.

ELA.—La señorita me lo ha encargado mucho empeño.

RAI.—Como si nada le hubiese a usted .

ELA.—No se incomode usted, señorito. Estas cosas... se ven todos los días. Yo he servido en muchas casas y sé lo que pasa en este Madrid. ¡ Hay cada disgusto en los matrimonios!

FRAI.—Me importa poco.

PELA.—Pero todo se le pasará a la señorita en cuanto le haga usted cuatro mimos y no la vuelva usted a dar motivo de queja.

FRAI.—Bueno, bueno. Hemos terminado.

PELA.—(¡ Jesús y qué mal genio va echando!)

FRAI.—(¡ Sólo me faltaba que hasta la doncella me predicase moralidad!) (*Camilo entra por B.*)

CAMIL.—Siñor. Su suegro que quiere hablarle a usté de seguía.

FRAI.—Que pase. Llevaos todo esto, la manta y almohada..., de prisa... (*Los criados se llevan lo dicho por la puerta B.*)

CAMIL.—Ya está todo.

FRAI.—Que pase mi suegro.

CAMIL.—¿Lo va usté a recibir en traje de segador?

FRAI.—¡ Es verdad! ¡ La americana! (*Se la pone.*) Que pase.

SERA. (*Por B.*)—Buenos días, señor mío.

FRAI.—Felices.

SERA.—En primer lugar, debo decir a usted que no acostumbro a hacer antesalas.

FRAI.—Es que... estaban barriendo aquí. Siéntese...

SERA.—Ya le tengo dicho que no acostumbro a sentarme en los despachos de los médicos, donde no hay más que infección y contagio.

FRAI.—¿Y ha venido usted exclusivamente para volver a hablar mal de los médicos?

SERA.—Mi visita obedece a algo más grave.

FRAI.—(Lo de ayer tarde.)

SERA.—¡ Caballero! Usted se ha conducido como una persona indigna y despreciable.

FRAI.—(¡ Más vale que no le conteste!)

SERA.—La culpabilidad de usted está comprobada y tiene señalado su castigo en el Código.

FRAI.—Yo no he faltado a mis deberes. Yo soy quien tiene motivos para sospechar de mi mujer.

SERA.—Eso de que el acusado se quiera convertir en acusador, sobre ser demostra-

ción de cinismo, es recurrir a un procedimiento muy desacreditado. Por lo pronto se entablará el divorcio.

FRAI.—¿Y usted quién es para mezclarse en lo que no le importa?

SERA.—Soy quien le conoció a usted desde el primer día en que le ví. Estoy muy acostumbrado a la vida de los tribunales... y usted tiene la mirada de los culpables...

FRAI.—Yo no puedo consentir tales insultos. ¡Salga usted de mi casa!

SERA.—Sí, señor; me voy...; pero... abra usted esa puerta. (*La puerta A.*)

FRAI.—¿Yo? Abrala usted, si quiere.

SERA.—Pues no me marcho.

FRAI.—¡Camilo! (*Timbre.*) (*Camilo entra por B.*)

CAMIL.—Mande. (*Asomando la cabeza.*)

FRAI.—Abre esa puerta. (*La A.*) (*Camilo la abre.*)

FRAI.—Salga usted.

SERA.—Señor mío; en esta casa no pondré más los pies... Ni volveré a dirigirle la palabra; pero ya nos entenderemos con papel sellado. (*Vase por la puerta A.*)

FRAI.—¡No hay quien le aguante! ¡No sé cómo he podido contenerme! (*Quiroga entra por B.*)

QUIR.—Buenos días, compañero.

FRAI.—Llega usted muy oportunamente. Haga el favor de sustituirme durante un rato, por si ocurre algo de urgencia... Estoy congestionado... y voy a que me dé el aire... A despejar un poco la cabeza... Adiós, compañero. (*Vase por la puerta A.*)

QUIR.—Algo le pasa a este señor. Inconvenientes de ser demasiado bueno. (*Camilo entra por B.*)

CAMIL.—Siñor ayudante... ¡Ja, ja, ja!

QUIR.—¿Qué hay?

CAMIL.—La franchuta... ¡Ja, ja, ja!

QUIR.—¿Y por eso te ríes, imbécil?

CAMIL.—Si ua más de vela me retoza la risa por tol cuerpo.

QUIR.—Como lo vuelvas a hacer, se lo digo al doctor. Eso es una falta de respeto.

CAMIL.—Ya no lo haré más...

QUIR.—Dí a esa señora que pase.

CAMIL. (*A Madam Pirovén.*) — Palante. (*Al cerrar la puerta.*) ¡Ja, ja, ja! (*Madam Pirovén entra por B.*)

MADAM.—¡Oh, mi querido doctor...

QUIR.—Madam.

MADAM.—He venido escapada... Estoy que me caigo... Voy a sentarme.

QUIR.—¿Qué le ocurre de particular?

MADAM.—Estoy furiosa de indignasión. En la escalera he encontrado al doctor y no he querido saludarle. Es un farsante.

QUIR.—Señora, le suplico que domine sus nervios.

MADAM.—Es un sinvergüeusa... ¡Ah, buena diferensia del doctor a usted! El es un hombre despreciable. En cambio usted es un joven atento, fino y simpático.

QUIR.—No merezco tantos elogios, señora...

MADAM.—¡Oh, sí, sí!... ¡Muy sim
co!...

QUIR.—Es usted muy amable...

MADAM.—*E bián*: Yo deseo divorsi
del bruto de mi marido, de ese mon
que me reclama desde Tarbes, y yo te
que ir; pero yo no debiera de ir porqu
estoy enferma... Toque usted mis mar
Este corasón mío no fusiona bien... y
sesito curasión larga..., muchos baños
tricos, muchas duchas..., todo lo qu
haya inventado...

QUIR.—Ya se curará usted. No se a

MADAM.—Imposible. En el sertificado
me ha enviado ese pillastre de docto
hase constar que me encuentro en per
estado de salud. Y eso es mentira, sí, s
mentira de ese doctor pillo, doctor estaf

QUIR.—¿A ver el certificado?

MADAM.—Lo rompí de rabia. Para
lo nesesito ya.

QUIR.—(¿Habremos sufrido una ec
cación?)

MADAM.—¿Qué me dise usted de es
El doctor me reconosió despasiosamen
después me ha engañado. (*Se levanta*

QUIR.—(En fin; mejor. Así me deja
paz.)

MADAM.—¡Ah, qué diferensia entre e
aor y usted. El es un miserable... (*Le*
las manos sobre los hombros.) y usted
joven amable..., simpático..., muy s
tico... (*Filomena por la puerta A.*)

FILO.—¡Ah!

QUIR.—¡Filomena!

MADAM.—¿Quién es esta madmoasel
mira con los impertinentes.)

QUIR.—Es... es mi novia..., ya lo
usted.

MADAM.—Su prometida... Nunca m
bía usted dicho que tenía novia.

QUIR.—Pues, sí. Esta señorita es m
metida...

MADAM.—Y... ¿desde cuándo son
amores?

QUIR.—No recuerdo...; pero esté
segura de que nos amamos.

MADAM. (*Finísima, con amabilidad*
da.)—¡Ah, bien, bien!... Señor Quiros
padesido gran equivocasión al apresia
cualidades. El doctor y usted se difer
muy poco... A tal doctor, tal ayudant

QUIR.—Naturalmente.

MADAM.—Me volveré a Tarbes c
monstruo y sus percherones... Adiós,
mío... Mi enhorabuena por tan bella
sión, y que sea usté felis..., muy fel
ella.

QUIR.—Muchas gracias.

MADAM. (*Reverencias.*) Señorita. (*A*
charse, ya en B., dice aparte y con
reconcentrada.) ¡Je suis a poin d'e
(¡Estoy a punto de estallar!)

QUIR.—Filomena. ¿Qué es eso?
usted?

FILO.—Sí..., sí, señor.

QUIR.—¿Y por qué? ¿Puede saber

.o.—¿Todavía me lo pregunta? Es us-
n falso. Me ha engañado, haciéndome
que me quería...
ɪʀ.—Y la quiero a usted, Filomena.
.o.—No es cierto. Esa francesa le ama
ed. Ya he visto con qué confianza le
los brazos.
ɪʀ.—Perdónela. Es una histérica que
en tratamiento y es irresponsable de
ctos...
.o.—No me convence usted. He perdi-
confianza en su cariño. Me casaré con
Barsanufio... (*Marcha hacia B.*)
ɪʀ.—¡Por favor, Filomena! ¡Escúche-
sted!...
.o. (*Vase gimoteando, por B.*) ¡Déjeme
! ¡Hemos terminado!
ɪʀ. — ¡Dichosa Madam! ¡Gracias a
que se marcha de España! (*Fraile en-
or B, precipitadamente.*)
ᴀɪ.—¿Ha venido alguien?
ɪʀ.—Acaba de marcharse Madam Pi-
.
ᴀɪ.—¿Otra vez?
ɪʀ.—Ha venido furiosa porque, según
e, hemos sufrido una equivocación: en
le poner que estaba enferma, hemos
icado que está buena.
ᴀɪ.—De lo cual ahora me alegro, por-
sí hemos certificado la verdad.
ɪʀ.—Sí, señor; y que vaya a reunirse
u marido, como tiene obligación... Voy
tinuar mi análisis. (*Vase por D.*)
ᴀɪ.—Y yo voy a ver si convenzo a mi
:... (*Medio mutis, E.*) (*Barsanufio en-
or B forcejeando con Camilo.*)
ᴍɪʟ.—¡Que no se pué pasar!
ʀsᴀ.—¡Que soy más bruto que tú!
ᴀɪ.—¿Qué pasa?
ʀs.—Aquí me tiene usted.
ᴀɪ.—Perdone usted; pero hoy no es día
nsulta.
ʀs.—Vengo a decirle que he recibido
rtificado... y no pienso pagarle ni un
mo, ni le hago su retrato en guirlache.
Camilo.)
ᴀɪ.—¿Por qué motivo?
ʀs.—¡Porque esto es un escándalo.
mala vergüenza! Yo me siento bueno
.o, y en el certificado se dice que tengo
idos los resortes...
ᴀɪ.—¿Eh?
ʀs.—Sí, señor; los resortes del sistema
oso. Que padezco anemia aguda, con
ienos de neurastenia o sicastenia...,
ionios encadenados...
ᴀɪ.—Pero...
ʀs.—Y que necesito, con urgencia, se-
un tratamiento de electroteraspia: ba-
chorros, duchas escocesas... ¡El deli-
Mire usté; aquí está su firma. (*Mani-
el certificado.*)
ᴀɪ.—Sí. Mi firma. Pero mi ayudante es
le hizo el reconocimiento; y cuando
mpañero ha escrito esto es porque lo
e usted.
ʀs.—Pero si yo no me siento nada aquí
dentro. ¿Cómo voy a tener las tenias y las astenias de que aquí se habla?

Fʀᴀɪ.—Que las tendrá usted en estado latente..., sin notarlas...

Bᴀʀs.—¿De manera que yo estoy enfermo? (*Convencido y triste.*)

Fʀᴀɪ.—Sí, señor; mi ayudante no se equivoca nunca.

Bᴀʀs.—Pues mire usté; este certificado va a ser mi desgracia porque no podré casarme con esa señorita...

Fʀᴀɪ.—Tranquilícese, que usted se curará.

Bᴀʀs.—¡Ah! Pues no hay que perder tiempo. A ponerme en cura en seguida. Tomaré baños, duchas y cuanto haga falta, así me cueste un capital. Todo antes que renunciar a esa joven.

Fʀᴀɪ.—Está bien. Vuelva usted mañana y empezaremos con los baños eléctricos.

Bᴀʀs.—Quiá; no, señor; ahora mismo. Cuanto antes empecemos, antes me curaré.

Fʀᴀɪ.—Vaya, pues quítese la chaqueta.

Bᴀʀs.—¿Para qué?

Fʀᴀɪ.—Voy a darle el primer baño. Pase usted aquí. (*Descorre las las cortinas de C. Da luz al cuarto de baño, que ha estado a oscuras durante lo anterior de la comedia. Queda el sillón a la vista del público.*)

Bᴀʀs.—¿Dónde está la bañera?

Fʀᴀɪ.—No hay bañera. El baño lo constituyen estos cuatro depósitos.

Bᴀʀs.—Pero todo el cuerpo no me cabe en esos cuatro cacharros.

Fʀᴀɪ.—Las extremidades nada más.

Bᴀʀs. (*Va a tocar el sillón.*)—¡Uy!... ¿Salen chispas?

Fʀᴀɪ.—No tenga cuidado.

Bᴀʀs.—¿Me quito el chaleco?

Fʀᴀɪ.—No hace falta; pero quítese las botas. (*Barsanufio lo hace.*) (*Por respeto al público, no se quitará los calcetines.*)

Fʀᴀɪ.—Siéntese en este sillón. Remánguese las mangas de la camisa hasta el codo. Perfectamente. Meta los antebrazos en los depósitos de arriba.

Bᴀʀs.—Ya comprendo, y las patas, en los de abajo. (*Lo hace.*)

Fʀᴀɪ.—Eso es.

Bᴀʀs. (*Estremeciéndose.*)—¡Uy... qué sacudidas!

Fʀᴀɪ.—Ca, hombre; si todavía no está aplicada la corriente.

Bᴀʀs. (*Riendo.*)—Je, je... Lo que hace la aprensión, ¿verdad usté?

Fʀᴀɪ. (*Hace girar la manilla del cuadro.*) Ya está. ¿Y ahora?

Bᴀʀs. (*Ligero estremecimiento. Ríe.*)—¡A...y!

Fʀᴀɪ.—¿Qué?

Bᴀʀs.—Un cosquilleo muy agradable... Así como cuando a uno le pica y se rasca... No tendría inconveniente en estarme así hasta la noche.

Fʀᴀɪ.—Pobre de usted. Esto no se puede aplicar más de diez minutos como máximo. (*Mira el reloj de bolsillo.*) Ya entraré a llamarle. Si le ocurriera algo, no tiene más

que apretar este botón. Hasta luego. (*Corre las cortinas.*)

BARS.—¡Doctor!

FRAI.—¿Qué?

BARS.—Ya me parece que me siento bien.

FRAI.—Como que es un gran invento. (*Voces dentro. Camilo disputa con Comellas.*)

CAMIL. (*Dentro.*)—¡Que no se pué pasar, que no hay consulta!

COME.—¿Ya tenemos la misma de ayer? ¡Quita, imbécil! (*Entra.*) Tu criado la tiene tomada conmigo.

FRAI.—Ha cumplido mis órdenes. (*Grave.*)

COME.—Es un embustero. Estaba oyéndote hablar y él diciéndome que habías salido.

CAMIL.—Deme usted el bastón.

COME.—Tómalo. Acabaré por rompértelo en las espaldas.

CAMIL.—Eso no me lo dirá usted en la calle.

FRAI.—¡Silencio! ¡Retírate! (*Vase Camilo.*) Me parece demasiado atrevimiento el venir usted a esta casa después de lo ocurrido ayer.

COME.—Mira, chico; háblame en otro tono y con otra cara, porque yo vengo muy contento.

FRAI.—Es que no hay palabras para calificar su conducta.

COME.—Bueno, pues, no la califiquemos; pero hagamos las paces porque el asunto está arreglado y ya soy feliz.

FRAI.—¿Eh?

COME.—Por fin... la del beso en el baile y yo nos hemos entendido.

FRAI.—¿Dónde?... ¿Cómo? ¡Explícate!

COME.—Muy sencillo. Anoche, en casa de una familia amiga vuestra, me presentaron a ella y a su padre..., y... Comellas vencedor. Conque venga esa mano... y tan amigos.

FRAI.—¡No! ¡Yo no puedo estrechar esa mano!

COME.—¿Por qué?

FRAI.—Porque...

COME.—Si muy pronto vamos a ser cuñados.

FRAI.—¿Cuñados?

COME.—Sí, hombre. ¿No sabes quién es la interesada? Laura, la hermana de tu mujer.

FRAI.—¿Laura?

COME.—Laura, sí. La de la fresita...

FRAI.—(Luego mi mujer y su hermana tienen la misma señal...)

COME.—La que ayer tarde, huyendo de mí, se escondió aquí.

FRAI.—(Sí; pero a quien besó este pillastre fué a mi mujer...)

COME.—¿Qué es eso? ¿Estás hablando solo?

FRAI.—No, verás...: ¿Le has contado a Laura aquello del beso?

COME.—¡Ca! Ni se lo he contado ni se lo contaré...; yo no haré la primada que tú, sino que me callaré todas mis travesuras para que Laura me tenga por un santo.

FRAI.—Muy bien hecho.

COME.—Y ahora voy a pedirte un fa[v...] que intervengas con tu suegro para [...] autorice mi casamiento.

FRAI.—Y a cambio de ese vas a hace[r...] otro favor.

COME.—Venga.

FRAI.—Que el incidente del beso no [...] refieras a nadie... y quede entre los [...]

COME.—Conforme. Venga un abrazo. [...] *abrazan. Laura por B.*)

LAUR.—Así me gusta: verles tan bu[...] amigos.

FRAI.—Laura, Comellas me ha ente[...] de vuestro proyectado matrimonio.

LAUR.—En efecto, sólo falta el con[...] timiento de papá.

FRAI.—Corro a contarle a mi mujer [...] fuiste tú la que ayer Comellas enco[...] aquí... A hacer las paces con mi pobr[e] Rosa (*Vase por E.*)

COME.—¡Qué dichosos vamos a ser[...]

LAUR.—¡Felicísimos!

COME.—¿Me querrás siempre?

LAUR.—¡Muchísimo!

COME.—¡Cielo!

LAUR.—¡Vida!

BARSA. (*Detrás de C.*) — ¡Que se [...] todo!

LAUR.—¡Ah!

COME.—Nada. Debe ser el ayudante. [...] *E. Rosa y Fraile.*)

ROSA.—¡Laura!

LAUR.—¡Rosa!

ROSA.—Ya me ha contado Pedro qu[e...] tás de enhorabuena.

LAUR.—Sí. Te presento a mi prome[...] José Comellas.

COME.—Señora, tanto honor...

ROSA.—Reciba mi felicitación.

FRAI.—Yo también tengo derecho a [...] feliz, querida Rosa. Ni soy calavera [...] he sido nunca; yo siempre me distingu[...] mi honradez y amor al estudio.

ROSA.—¿Hablas de verdad?

COME.—De ello doy fe, yo que le c[...] co desde la infancia. (*Va al teléfono* [...] *bla en él. Laura le acompaña.*)

ROSA (*Aparte a Fraile.*)—¿Y el bes[o...] me diste en el baile antes de conoce[...]

FRAI.—Esa es la única falta de mi [...] y... ya ves; tuve la suerte de que re[...] ra en ti.

ROSA.—Pues no se hable más de l[...] sado. (*A Comellas.*) ¿Qué hacen usted[...]

COME.—Acabo de encargar champán [...] celebrar nuestro próximo enlace y l[...] conciliación de los esposos.

TODOS.—Muy bien.

ROSA.—Pues vámonos al comedor. [...] *se por E. todos; Fraile, el último.* [...] *Serantes.*)

SERA.—Querido yerno, venga esa [...]

FRAI.—Permítame que no se la dé[...] quiero exponerle a un contagio... Ya [...] usted que los médicos...

SERAN.—No hay que exagerar las [...]

engo para un asunto de gran interés para í. Sentémonos.

FRAI.—¿No tiene usted miedo a los miobios de los asientos?

SERAN.—Ya no. Mira. (*Se restrega cona el asiento.*) Conque déjate de ironías y tendámonos. Vengo porque no puedo conntir lo que se está tramando.

FRAI.—Pues hace usted mal, porque Coellas es un excelente partido para su hija aura.

SERAN.—No me refiero a eso. Se trata de na señora viuda que vive frente a mi sa, y que piensa denunciarme por faltas la decencia pública.

FRAI.—Ya lo sé. La viuda de Rabufeti. s cliente mía.

SERAN.—Lo sé. Sus balcones dan frente los míos, y quiere impedirme que yo ga tomando la hidroterapia al aire libre todo tiempo.

FRAI.—Yo creo que esa señora tiene ran.

SERAN.—No, señor; porque para pantaa tengo en el balcón unas macetas con antas.

FRAI.—Pero en este tiempo no tienen hos.

SERAN.—Caso fortuito; yo no tengo la ılpa de que el otoño seque las plantas; modo que vas a hacerme el favor de inıír con esa señora para que no me denune.

FRAI.—Lo haré, a cambio, de que usted eje a Laura casarse con Pepe Comellas.

SERAN.—Concedido, porque anoche me lo resentaron, y comprendo que Comellas es n excelente muchacho, de conducta intaable. No le he visto más que una vez, ero desde luego afirmo que jamás ha comedo una calaverada. ¡Ah!, yo he sido mastrado y tengo vista de águila. Procura nitarle, porque tú eres un calaverón. Lo evas escrito en la cara.

FRAI.—Tiene usted una gran penetración.

SERAN.—¿Y Rosa?

FRAI.—Con Laura y Comellas.

SERAN.—Pues voy allá. (*Vase por E. raile, medio mutis por E., cuando apare Filomena en B.*)

FILO. (*Al ver al doctor.*)—¡Ah!...

FRAI.—Señorita...

FILO.—Usted perdone. Creí que estaba quí...

FRAI.—No se apure usted. El amor todo justifica. (*En D.*) ¡Quiroga! ¡Aquí está enferma de faringitis! (*Saluda y vase por Quiroga por D.*)

FILO.—¡Qué alegría. Vicente!

QUIR.—Cuéntame.

FILO.—Estoy contentísima. He venido coiendo a traerte la noticia.

QUIR.—¿Qué noticia?

FILO.—Que, por fin, mamá consiente que e case contigo.

QUIR.—¿Es posible? ¿Y a qué obedece te cambio?

FILO.—Se debe al certificado que le habéis dado a don Barsanufio. En él se dice que ese señor está enfermo de anemia y no sé cuantas cosas más. Y mamá no quiere que me case con él, porque sería un cargo de conciencia.

QUIR.—¡Ah, ya comprendo. Equivocadamente le puse la enfermedad de madam Pirovén... Estaba yo... tan preocupado, que no supe lo que me hacía.

FILO.—Bendita equivocación.

QUIR.—Por ahora no puedo ofrecerte una posición; pero no tardaré en tenerla, porque voy a dedicarme a una especialidad: oculista o dentista; ya veremos.

FILO.—Oculista de ninguna manera; mejor es dentista.

QUIR.—¿Por qué?

FILO.—Porque cada persona no tenemos más que dos ojos, y, en cambio, dientes, ya ves tú.

QUIR.—¡Admirable, Filomena! (*Por E. Fraile, Rosa, Comellas, Laura y Serantes.*)

FRAI.—Que sea enhorabuena. Veo que la faringitis se ha resuelto sin clorato.

QUIR.—Muchas gracias, compañero.

FRAI.—¿Pero realmente estaba enferma de faringitis? (*Va a su sillón. La viuda de Rabufeti por B.*)

VIUD.—¡Señores!

FRAI.—No puede usted llegar más oportunamente...

VIUD.—Vengo con un disgusto horrible... ¡Me temo una catástrofe! ¡Un suicidio! ¡Y todo por causa de ese maldito certificado! ¡Infames!

FRAI.—¿Pues qué pasa?

VIUD.—Que nadie sabe el paradero de don Barsanufio!

FRAI.—¡Muerto! ¡Me había olvidado de él! (*Cae anonadado sobre el sillón.*)

SERAN.—¡Quieto todo el mundo! El portero avisará al Juzgado para que proceda al levantamiento del cadáver. (*Quiroga descorre las cortinas. Fraile va hacia el baño y quita la corriente. Los demás se apartan, horrorizados, a uno y otro lado, de modo que Barsanufio quede bien visible.*)

FILO.—¡No se mueve!...

COME.—¡Electrocutado!

VIUD.—¡Muerto! ¡Asesinos!

QUIR.—¡Callen ustedes!...

FRAI.—Me parece que respira... ¡Silencio!... (*Silencio general. Barsanufio larga un gran ronquido.*)

COME.—¡Vaya un ronquido.

BARS. (*Despertando.*)—¿Dónde estoy?

FRAI.—En mi baño eléctrico.

BARS.—¡Qué cosa tan deliciosa! En mi vida he dormido más profundamente.

FRAI.—Levántese en seguida.

BARS.—Quiá. Dé usted la corriente, que yo me paso aquí la noche.

FILO.—Salga usted, don Barsanufio.

BARS.—¡Qué veo! ¡Filomena! ¡Mi madre, qué digo, mi suegra! (*Vuelve Serantes.*)

VIUD.—¿Todavía vive usted?

BARS.—Ya lo creo. Y curado del todo, para casarme con Filomena. (*Se pone las botas.*)

VIUD.—Perdone usted, amigo Carrasco. Mi hija está comprometida con este joven.

BARS.—Esto sí que es una descarga eléctrica.

VIUD.—Pero no se apure. Si quiere usted pertenecer a nuestra familia..., hay un medio muy fácil... (*Insinuante.*) Ya que no se case usted con mi hija...

BARS.—¿Con usted?

TODOS.—¡Sí, sí!

BARS.—Conforme. Perdí la burra, encontré el ramal..., menos mal.

FRAI. (*A la Viuda.*)—Y usted hará el favor de no denunciar a mi suegro.

VIUD.—No lo denunciaré. (*Camilo por B.*)

CAMIL.—Aquí está lo que han pedido ustedes.

SERAN.—Señores, el Juzgado.

TODOS.—¡El Juzgado!

SERAN.—Que pase. (Imprudencia temeraria y negligencia en el ejercicio de la profesión.) (*Un Camarero trae una bandeja con copas llenas de champán. Camilo le sigue con una botella que empina.*)

COME.—¡Ca! Es el champán que yo encargué. ¡Señores!

ROSA.—A brindar por la felicidad de todos...

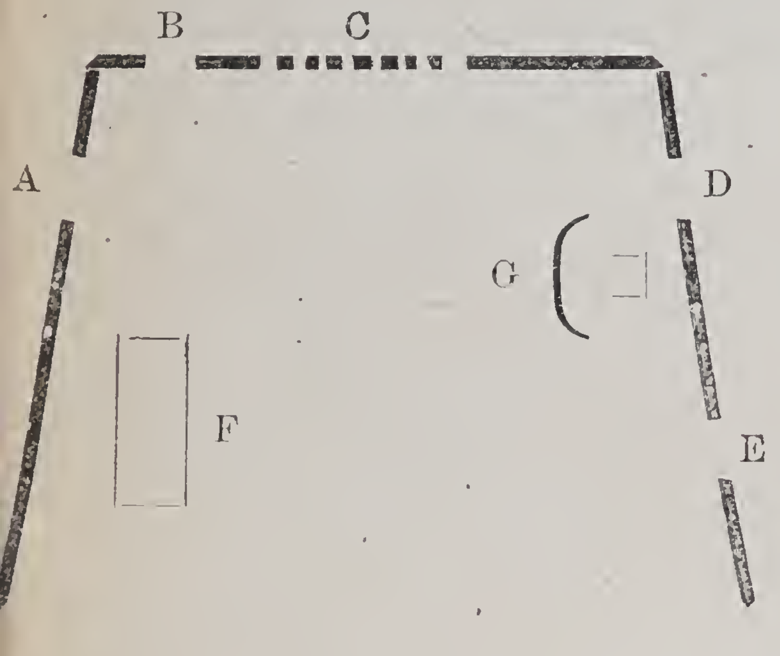
TODOS.—Venga. (*Risas. Telón rápido.*)

FIN

NOTAS

La acción de los tres actos es en el Consultorio médico del doctor don Pedro Fraile Calzado.

Planta de la escena.



A. Puerta de escape que comunica con el recibidor de la casa.

B. Idem que dá a la sala de espera, la cual también comunica con el recibidor.

C. Gran puerta con cortinas colgadas de una barra de latón, detrás de las cuales está el baño eléctrico, consistente en un sillón, como se detalla en la figura.

En la pared, detrás del sillón, el tablero de mármol, de donde se toma la corriente eléctrica. En este mismo departamento habrá una silla de uso corriente y perchero; todo blanco.

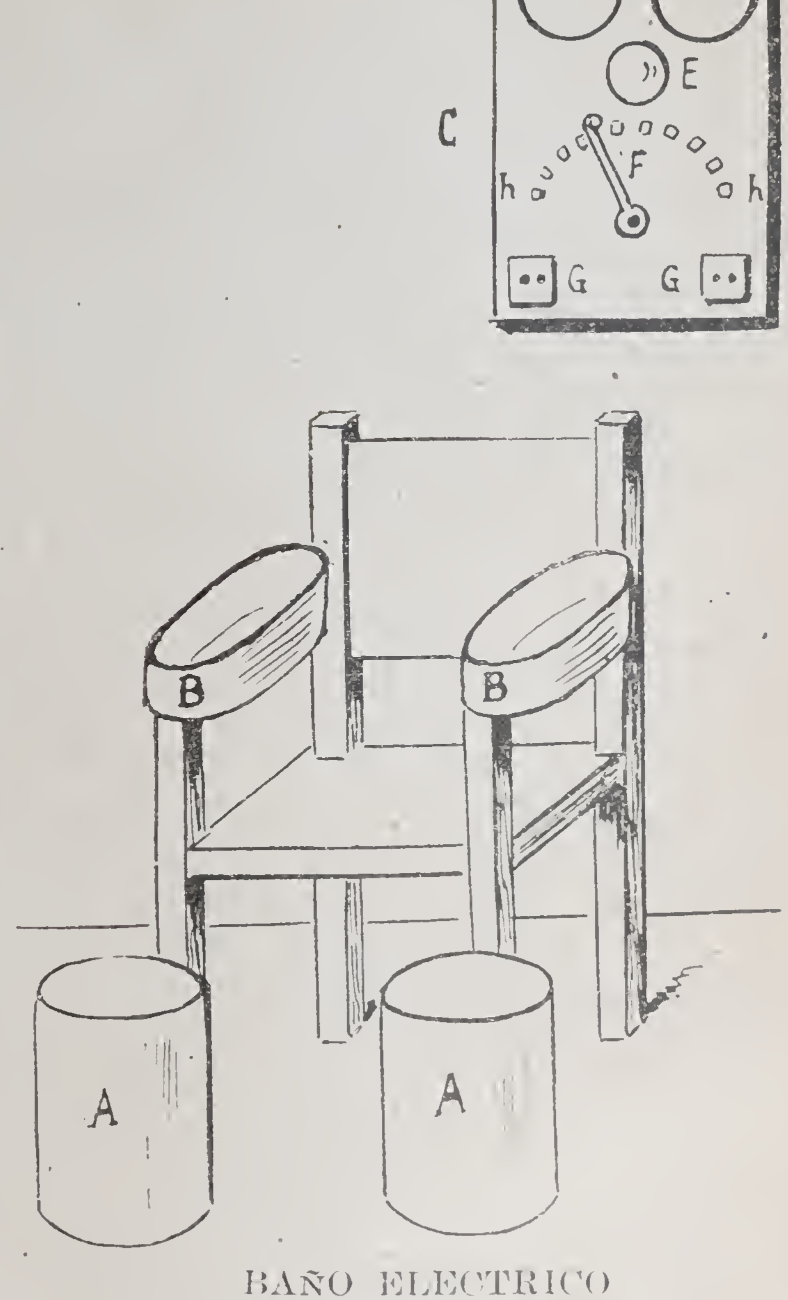
D. Puerta que da al laboratorio.

E. Idem a las habitaciones particulares.

F. Mesa de despacho.

G. Biombo con butaca dentro.

Mobiliario elegante. Cuadros. Carteles para la graduación de la vista. Lámparas eléctricas. La misma decoración en los tres actos.



BAÑO ELECTRICO

En un sillón blanco se colocan los depósitos *B*, *B*, sujetos a los brazos. Los *A*, *A*, delante y en el suelo. Los cuatro depósitos pueden ser de cartón o de hoja de lata pintados de blanco.

C, tablero blanco, en la pared, en el que están los aparatos indicadores *D*, *D*.

E, bombilla esférica esmerilada, que se enciende cuando funciona el baño.

F, manilla que gira sobre el arco de trocitos de metal dorado *h*, *h*.

G, *G*, enchufes.